

BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

**¡CARIÑO ESTE TIPO
ESTA MUERTO!**

Lou Carrigan



Se había teñido el pelo de rubio y cambiado de peinado. Por algo se empieza. Había pensado también en comprarse unas micro lentillas de contacto, pero desistió de ello porque le pareció incómodo y, sobre todo, peligroso, comprometido.

Además, sus ojos estaban muy bien con aquel color verde rabioso. Merlín la había llamado más de una vez «panterita mía», y eso era lo mejor que tenía Merlín: su capacidad para decirle a la gente lo que más le gustaba a la gente y, además, con mucha expresividad.

De modo que únicamente habíase teñido el pelo y cambiado de peinado.

Sería suficiente.



Lou Carrigan

Cariño, este tipo está muerto

Bolsilibros - Punto rojo - 831

ePub r1.0

Lds 09.02.18

Título original: *Cariño, este tipo está muerto*

Lou Carrigan, 1965

Colección FBI n.º 758. Rollán – 1965

Colección FBI Selecciones n.º 516. Rollán – 1971

Colección PUNTO ROJO n.º 831. Bruguera – 1978

Colección

PUNTO

ROJO

n.º 53. Ediciones B – 1994

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



COLECCION

PUNTO ROJO



CAPÍTULO PRIMERO

Se había teñido el pelo de rubio y cambiado de peinado. Por algo se empieza. Había pensado también en comprarse unas micro lentillas de contacto, pero desistió de ello porque le pareció incómodo y, sobre todo, peligroso, comprometido.

Además, sus ojos estaban muy bien con aquel color verde rabioso. Merlín la había llamado más de una vez «panterita mía», y eso era lo mejor que tenía Merlín: su capacidad para decirle a la gente lo que más le gustaba a la gente y, además, con mucha expresividad.

De modo que únicamente habíase teñido el pelo y cambiado de peinado.

Sería suficiente.

Lo demás era imposible cambiarlo, porque cada uno nace de una manera y, si esa manera es linda, pues resulta una tontería cortarse una pierna o sacarse un ojo, por ejemplo. Así que, si ella era linda..., ¿qué razón había para parecer lo contrario?

Pensando sobre estas cosas, Vera Gardner llegó a su apartamento en una casucha poco menos que miserable, en el Bronx neoyorquino. Entró, cerró la puerta, suspiró, dejó los paquetes sobre el sofá del pequeño *living-hall*, puso en marcha la televisión y se fue a su dormitorio.

Lo primero que hizo fue desnudarse.

No cambiarse de ropa, no...

Des... nu... dar... se.

Eso fue lo que hizo.

Entonces se miró al espejo del armario, evidentemente complacida. Siempre estaba bien, pero de aquella manera, con zapatos de tacón alto, la cosa era de delirio. ¿Por qué iba a

engañarse ella misma?

—Oh, Vera, Vera..., ¡qué hermosa eres!

Lo dijo en voz alta, sin empacho alguno. Ni excesivamente engreída. Era bonita, y ya está.

Se dio un par de vueltas delante del espejo, sonriendo, porque pensaba que si el espejo hubiese sido un hombre, habría saltado en pedazos.

Luego se quitó los zapatos por el sencillo método de tirarlos sacudiendo los pies. No importaba en absoluto que los zapatos cayesen sobre la cama. ¡Al fin y al cabo, se iba a marchar de tan asqueroso lugar...!

Regresó al *living-hall*, desnudita, y recogió los paquetes que había traído al llegar. En la pantalla del televisor se veía a una pelirroja bailando el *twist* y Vera la imitó.

Era un encanto de criatura.

Además de ser absolutamente bonita y de tener los ojos verdes, el rubio teñido le sentaba estupendamente; también el nuevo peinado le hacía gracia. Y, además, debajo de aquella carita de ángel tenía un cuerpecito que ya, ya...

Un encanto.

Volvió al dormitorio, sin dejar de bailar el *twist*. Y sin dejar de bailar abrió los paquetes. Había cuatro y, reuniendo el contenido de ellos, resultaba que Vera Gardner podía volverse a vestir, pero mejor, más elegantemente que antes, más *chic*.

Pues se vistió.

Se volvió a mirar al espejo y, una vez más, quedó admirada de ella misma. No había para menos. Pero es que, además de ser muy bonita. Vera Gardner era lista. Lista, no inteligente.

Lista.

Hizo un montoncito con las ropas que se había quitado antes, y en seguida las dejó convertidas en un paquete, que miró con desdén. Al demonio. Las cosas habían cambiado. Habían cambiado tanto, que ya no sería la misma a partir de entonces. Y no era una frase hecha, no: era cierto. A partir de entonces ya no sería Vera Gardner, sino...

Buscó en las cajas de las cuales había sacado sus nuevos vestidos, hasta encontrar la factura a nombre de Mary Lou Estefaner... ¿No era romántico? ¡Mary Lou Estefaner!

Bueno, pues ése sería su nuevo nombre.

Con la factura en la mano se dirigió al teléfono y se puso en contacto con quien podría ponerla en comunicación con Miami.

—¿Qué número de Miami? —le preguntaron.

—Miami Beach —corrigió alegremente.

—Sí... ¿Qué número?

Vera Gardner dio su número a nombre de Mary Lou Estefaner y colgó.

Recogió las poquísimas cosas que habían pertenecido a Vera Gardner desde que ocupara el apartamento, haciendo un paquete con todas ellas. Salió del apartamento, bajó al sótano, vio la caldera de la calefacción, se aseguró de que nadie la veía a ella y tiró dentro los últimos restos de Vera Gardner. Entonces, ya definitivamente convertida en Mary Lou Estefaner, regresó a su apartamento, se sentó, encendió un cigarrillo y se dedicó a mirar la televisión.

Ni siquiera diez minutos más tarde sonaba el teléfono de su apartamento.

—¿Si?

—Habla con Miami Beach, Robert Richter Hotel.

—Gracias...

Desde Miami Beach, un hombre se interesó por la llamada. Mary Lou preguntó si habían recibido en el hotel un telegrama firmado por Mary Lou Estefaner solicitando la reserva de una *suite*. Se le contestó que sí.

—¿Puedo contar con ella?

Se le contestó que sí.

—Llegaré dentro de dos o tres días. Oh, por supuesto, pagaré lo que sea a partir del momento de la reserva. Sí... Sí, bien... Muchas gracias.

Colgó.

Se miró las piernas, se estiró una media y se puso en pie, silbando con muy poca fortuna. Fue a su dormitorio, abrió el armario, abrió un cajón, sacó un paquete de papel grueso y, de él, un fajo de billetes.

Los tiró dentro de aquella monada de bolso que había comprado y, taconeando y cimbreadose como una deliciosa muñequita, salió del apartamento.

En la calle siguiente encontró un taxi. Se subió a él.

—¿Al cielo? —preguntó el taxista.

—Un poco más abajo... —rió la flamante Mary Lou Estefaner—. ¿Sabe dónde están las oficinas de la National Airlines?

—Seguro.

—Pues, allá vamos.

Y allá fue Mary Lou.

Entró en las oficinas y pidió un pasaje para Miami, final en Miami International Airport, para dos días más adelante. No había absolutamente ningún inconveniente, de modo que obtuvo el pasaje, lo pagó, se quedó la reserva y salió de allá más contenta que nadie en el mundo. ¡Todo estaba saliendo tan bien...!

Otro taxi la devolvió al Bronx, una calle antes de la que estaba aquel asqueroso apartamento que había alquilado para dejar de ser Vera Gardner y convertirse en Mary Lou Estefaner.

Subió a su apartamento. Se metió en la cocina, abrió el más que asqueroso horno, en su opinión, y sacó un paquete grande como un balón de *rugby* de allá dentro, hecho con papeles de periódicos. Rompió los papeles, encima del fregadero, y todas las piedras preciosas cayeron allá.

Piedras preciosas.

No hay error: piedras preciosas. Muchas. Entre cuarenta y cincuenta piedras preciosas. Algunas de ellas bastante grandes. Tres eran asombrosamente grandes, perfectas, brillantes, maravillosas.

Todas eran maravillosas.

Mary Lou tocó con uno de sus deliciosos deditos las tres piedras grandes.

—Lindo tú, Estrella de la India... Cariñito tú, Gran Luna Azul... Amorcito tú, Estrella de los Rubíes...

Media hora después, con todo cuidado, había hecho un solidísimo paquete que contenía todas las piedras preciosas. Finalmente, lo envolvió en un papel blanco. Y con un bolígrafo escribió la dirección del destinatario.

Exactamente esta dirección:

«MARY LOU ESTEFANER Robert Richter Hotel 3301.
Collins Avenue MIAMI BEACH Florida».

Se aseguró de que el paquete estaba bien cerrado con la cinta adhesiva, le dio un par de vueltas, lo tiró al aire, lo recogió y volvió a salir de su apartamento.

Esta vez buscó una *Post Office*. Allá envió el paquete, por un medio lento. No tenía ninguna gran prisa.

Compró un periódico, tomó otro taxi y vuelta a su apartamento.

Cuando llegó allá, la televisión continuaba en marcha, pues ni una sola vez se había preocupado de apagarla. Dejó el periódico sobre el sofá y fue a la cocina. Del refrigerador tomó una bandejita de cena fría y una botella de cerveza. Regresó al sofá, acercó la mesita, lo dejó todo allí, mordió un muslo de pollo, bebió un trago de cerveza y cogió el periódico.

En seguida encontró lo que buscaba en éste.

Decía:

«ROBO EN EL MUSEO DE HISTORIA NATURAL

»Nueva York, 2 noviembre. —La policía está siguiendo activamente la pista de quienes se supone pueden tener algo que ver con el robo en el Museo de Historia Natural. Entre otras muchas piedras preciosas, con un valor total de medio millón de dólares, los ladrones se llevaron las famosas piedras llamadas *Estrella de los Rubíes*, *Gran Luna Azul* y *Estrella de la India*. Se ha llegado a la conclusión de que el robo pudo haberse llevado a cabo con un aspirador de tubo flexible, que debió ser alzado por encima de las vitrinas que contenían las piedras preciosas. Por el momento, la policía sospecha de cuatro hombres, cuyos nombres silencia, así como los motivos de tales sospechas hacia ellos. Sin embargo, no hay secreto alguno en el itinerario que parecen haber tomado los ladrones: se supone que han salido ya hacia Florida, con toda seguridad a la misma Miami, entre cuya numerosa población pretenderán ocultarse hasta que se decidan a pasar a las Bahamas, en una de cuyas ciudades, posiblemente Nassau, los ladrones parecen tener

conexiones que se harían cargo de las piedras preciosas.

»La policía ha pedido ayuda al FBI y se espera...».

La flamante Mary Lou Estefaner se echó a reír.

—¡Nueva York, Nueva York! —exclamó—. ¡Qué contenta estoy... porque nunca más te volveré a ver! ¡Brrr!

Y siguió comiendo pollo y viendo televisión.

Era un encanto de criatura.

CAPÍTULO II

Conozcamos a otro encanto de criatura.

Se llamaba Tony Leopard. Lo de encanto era como la vida: todo dependía del color del cristal con que se mirase al muchacho. Para un hombre, Tony Leopard era un tipazo con cara de no demasiado listo, pero al que, dada su musculatura, convenía no hacérselo notar. Para una mujer, Tony Leopard era un hombre más bien un poco feo, de greñas color remolacha y ojos color pimienta. Pero... Ah, el «pero» femenino: ni una sola mujer, jamás, había dejado de mirar con simpatía a Tony Leopard. Con una simpatía peligrosa... para ella, se entiende. Mirar a Tony Leopard, ver su sonrisa entre tímida y agranujada, y sentir deseos de volver a ver aquella sonrisa, era todo uno en el corazón de las mujeres.

Por lo general.

Por lo general, porque a veces las mujeres, en vez de corazón, tienen un brillante de doscientos noventa quilates, pongamos por caso. Muy bonito, pero muy duro.

Sin embargo, cuando una mujer tiene unas piernas como las de aquella rubia que estaba mirando Tony, su corazón casi nunca importa demasiado.

Tony había pedido en el bar del aeropuerto un martini con seis olivas. Seis. Ni una más, ni una menos, aparte de la que contenía la copa del martini, pinchada en un palillo de plástico rojo, y a la cual no le hacía el menor caso. Las otras seis las había pedido en un platito y ya llevaba comidas tres con la misma parsimonia y por el mismo método.

Colocaba la punta del dedo pulgar bajo la segunda falange del dedo índice, curvado; entonces ponía la oliva en el pequeño hueco, dejaba de retener con el dedo índice el pulgar y la oliva iba dirigida

con exactitud de proyectil teledirigido a su simpática bocaza de tigre manso, bonachón, contento de vivir y de que los demás también estuviesen vivos. Tony tenía un aspecto muy cordial.

Cuando la cuarta oliva entraba en sus fauces, Tony continuaba mirando a la rubia de ojos parecidos a los suyos, de un verde pimienta muy intenso.

¿No era casualidad?

La mirada de Tony iba de las piernas a la encantadora carita de la rubia, sin decidirse por uno u otro punto. ¿Por qué dedicar su atención a una sola cosa bonita si podía ver otras cosas no menos bonitas? Porque, además de los ojos y las piernas... ¡guáaaa!, la muñequita aquélla tenía todo lo demás.

La rubia había captado ya, ¡cómo no!, el interés de Tony, pero tras una sonrisita muy coquetona había simulado ignorarlo y continuaba bebiendo su *ginger-ale* como si estuviese dando pequeños besitos al vaso.

Mientras en el bar se oían las indicaciones de los distintos vuelos, dadas por el altavoz, y un montón de gente iba de un lado a otro con maletas y gabanes, Tony Leopard dio cuenta de las olivas restantes y acabó el martini de un trago. Se miró al espejo del bar, se tocó la corbata y se pasó cuatro dedos de la mano derecha por los cabellos, como si se estuviese peinando con un rastrillo.

Luego se fue hacia la rubia.

De los cobardes nunca se ha escrito nada.

Se plantó a su lado, la tocó en un brazo cuidadosamente con la punta de un dedo, y cuando ella se volvió «muy sorprendida», él sonrió y le tendió la mano.

—Hola —dijo—. Me llamo Tony Leopard.

—¿Sí? ¿Y qué?

—Hace rato que la estoy mirando, ¿sabe?

—No. No lo sé. No me he dado cuenta.

—No sea mentirosilla. Cuando Tony Leopard mira a una chica, la chica se da cuenta de que Tony Leopard la está mirando. ¿Qué tiene de malo admitirlo?

La rubia lo miró de arriba abajo. Por supuesto, no dejó ver su impresión respecto al galán; pero seis pies y tres pulgadas de estatura, unos hombros así de anchos, una mandíbula de gladiador, unos cabellos tan peculiares, unos ojos tan verdes y una boca tan

simpática, como una raya ondulada y riente, podían impresionarle a ella y a media docena más como ella.

—Está bien, me he dado cuenta de su descaro. Ahora, déjeme en paz.

—¿Quiere decir que la estoy molestando? —se asombró Tony.

—Naturalmente. ¿De qué se asombra?

Tony Leopard realmente estaba sumido en la más completa estupefacción. Parpadeó varias veces, sin dejar de mirar a la imponente pero graciosa rubia, y al fin, sacó una pequeña agenda del bolsillo interior de la chaqueta.

Extrajo un diminuto bolígrafo de la funda del lomo de la agenda y preguntó:

—¿Su nombre, por favor?

—No le interesa.

—Oh, sí. Verá... Es la primera vez que una chica me dice que la estoy molestando y... Bueno, esto tengo que anotarlo. ¿Qué día es hoy?

La rubia comenzó a sonreír.

—Dos de noviembre.

—Ajá... ¿Y el nombre de tan desdeñosa damita?

La rubia sonrió un poco más.

—Ya no importa demasiado —susurró—. Creo que casi me está resultando simpático.

—¿Ya no la molesto?

—Muy poco.

—¿Puedo guardar la agenda?

—Oh, sí, hágalo.

Tony Leopard suspiró profundamente.

—Vaya, menos mal... Esta anotación hubiese sido muy mortificante para mí, preciosa. ¿Me acepta algo?

—¿Cómo?

—Algo del bar. ¿Qué le gusta tomar?

—Es usted muy amable, pero ya tomé mi ginger.

—Insisto. Insisto mucho.

—¿Y por qué tanta insistencia? —sonrió la rubia.

—Pues... Bueno, cuando una chica acepta tomar algo me da la sensación de que ya existe una cierta intimidad.

—Oh... Entonces, creo que no tomaré nada... definitivamente.

—Mala suerte. Esto... No me diga que va a Miami.

—Voy a Miami.

—¡Fantástico! ¿En el vuelo 673?

—Exactamente.

—¡Maravilloso! Yo también voy allá. Recibí un telegrama asegurándome que mi yate ya está listo, y aunque quiero mucho a tía Minnie, creo que cuatro días de visita en Nueva York son más que suficientes.

—¿Quién es tía Minnie?

—Pues... Oh, tía Minnie es tía Minnie.

—Ah.

Leopard guiñó un ojo.

—Entre nosotros: es una buena mujer, pero algo pesadita. De modo que la visito aprovechando ciertos momentos que podríamos llamar... libres. Hay que cuidar la herencia, preciosa. No porque sea demasiado ambicioso, ni porque me importe más el dinero de tía Minnie que el mío, sino porque..., demonios, no me gustaría que le dejase su par de millones a «Charlie».

—¿Quién es «Charlie»?

—El gato de tía Minnie.

La rubia se mordió los labios para no soltar la carcajada. Su actitud hacia Tony iba cambiando, lentamente. Y era cierto que miraba con más simpatía al conquistador de aeropuerto. Otra cosa hubiese sido si Leopard se las hubiese empezado a dar de guapo en seguida, y a querer deslumbrarla y dominar la situación. Estaba ya muy harta de que los demás quisieran dominar la situación. En cuanto a lo de guapa, ya lo era ella bastante.

—¿Y qué haría un gato con tanto dinero, señor Leopard?

—Pues no sé... Supongo que se compraría un tejado para él solo... y que sólo permitiría la entrada a las gatas de la vecindad.

—¿Y a los gatos, no?

—¡Claro que no! «Charlie» no es tonto, caramba...

La rubia rió, por fin. Se volvió un poco más de frente hacia Tony y cruzó mejor las piernas. Leopard las miró, se rascó la barbilla y dijo:

—¿Sabe una cosa? Tiene usted unas rodillitas estupendas. Me gustaría pintarlas.

—¿Es usted pintor? —se asombró la rubia.

—No. Pero podría aprender.

—Oh, vamos, señor Leopard...

—He aprendido cosas más difíciles. Por ejemplo, la pesca del pez-espada. ¿Lo intentó alguna vez?

—Nunca. Ni se me ha ocurrido jamás.

—Lo siento por usted... Oiga, ¿a qué va a Miami? Bueno, quiero decir que si va de vacaciones... o algo así, yo podría enseñarle a pescar el pez-espada. ¿Qué le parece?

—Entendí antes que tiene usted un yate, señor Leopard.

—Así es. Tuve una avería, y aproveché para visitar a tía Minnie... ¿Le he hablado de tía Minnie?

—¡Y de «Charlie»! —rió la rubia.

—Oh, sí, es cierto... Bueno, ¿qué me dice sobre mi invitación?

—La tendré en cuenta.

—¿Me acepta un trago..., aunque sea de ginger?

—De ninguna manera. Luego creería que...

De los altavoces brotó la llamada a los pasajeros para el vuelo 673.

—Bueno —suspiró Tony Leopard—, ahora sí que no podremos tomar nada juntos. ¿Vamos hacia el avión?

—Iré en seguida.

—La esper...

—Le ruego que no me espere. Iré sola hacia allá, señor Leopard.

Tony frunció el ceño. Retrocedió un paso, se tocó la frente con dos dedos, y dijo:

—Okay. No quiero ser pesado, encanto.

Dio la vuelta y se alejó hacia la salida a las pistas. Afuera había un sol paliducho y soplaba un vientecillo desagradable, bastante frío. Una notable diferencia con el clima de Miami, seguro.

Adentro, la rubia estuvo mirando a Tony Leopard, asegurándose de que, efectivamente, éste se dirigía hacia la pista de despegue indicada. Llamó por señas al camarero, que acudió a toda prisa, aprovechando la oportunidad de ver de cerca a aquel encanto de criatura.

—Diga, señorita.

—¿La oficina de información?

El barman hubiese preferido que le pidiese el número de su teléfono, pero tuvo que resignarse a decirle a la rubia dónde estaba

la oficina, justamente muy cerca del bar.

La rubia saltó del taburete y se alejó, moviéndose con auténtica gracia y con auténtico movimiento. El barman suspiró cuando dejó de ver el movimiento.

Y en la oficina, la rubia había sido ya traspasada a una sub sección atendida por una morena que...

—Diga, señorita.

—Tengo pasaje para el vuelo 673 —dijo la rubia—. Acaban de hacer la llamada por los altavoces, y puesto que no ha venido un amigo con el cual quedamos en encontrarnos en el bar, quisiera saber si tomó pasaje para este vuelo...

—¿Cuál es el nombre de ese caballero?

—Anthony Leopard.

La morena echó un vistazo a cierta lista.

—Aquí está: Tony Leopard, destino Miami.

La rubia frunció el ceño.

—Pues no ha venido...

—Siempre hay pasajeros que pierden el avión —sonrió la morena.

—Sí, claro... ¿Puede decirme cuándo hizo la reserva del pasaje?

—Hace... tres días.

—¿Tres días? ¿Está segura?

La morena no se alteró.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó.

—¿El mío? Mary Lou Estefaner.

—Usted hizo su reserva hace —miró la lista— dos días. ¿Correcto?

—Correcto.

—Entonces, podemos creer que si le digo que el señor Leopard la hizo hace tres días, también está correcto.

—Ya... Bien, gracias. Creo que deberé darme prisa si no quiero perder yo también el avión.

—Será lo mejor, en efecto.

Mary Lou Estefaner, la rubia-imán, cruzó el vestíbulo del aeropuerto con pasitos rápidos, hacia la salida a las pistas. Bueno, ella no era tonta precisamente, iba pensando. Había sido fácil enterarse de si el tal Leopard era un tipo listo o realmente un millonario bastante tonto y con yate, que tenía en Nueva York una

tía llamada Minnie, la cual tenía un gato llamado «Charlie»...

Evidentemente, si Tony Leopard había sacado reserva de pasaje un día antes que ella, no se podía pensar que la estuviese siguiendo. En cambio, si lo hubiese sacado el mismo día, o el día siguiente, podía ser porque la tuviesen localizada «ellos» y...

Pero no.

No era así.

La realidad era que Tony Leopard era Tony Leopard, que había sacado el pasaje un día antes que ella... *y que tenía un yate.*

Bueno, no sería una mala idea permitir que Tony Leopard la invitase a un trago. A veces, la intimidad conviene. Y realmente, Tony Leopard era el clásico tipo de muchacho en el cual se puede confiar... y tomarle el pelo a la vez.

Mary Lou Estefaner Casi sonreía a solas ante tan agradables pensamientos. Cuando «ellos» quisieran darse cuenta de que la pajarita había volado... el vuelo habría sido demasiado largo.

Compró el *New York Times*, lo dobló y se apresuró hacia la pista, donde de un momento a otro despegaría el avión del vuelo 673.

¡Caramba, no podía perderlo!

* * *

No lo había perdido.

Estaba en su asiento, leyendo el periódico; es decir, la parte del periódico que le interesaba, la que se refería al robo de piedras preciosas en el Museo de Historia Natural de Nueva York.

Al parecer, la policía andaba algo más orientada, según decía allí:

«NUESTRA POLICIA TRAS LA PISTA DE LOS LADRONES.

»Nueva York, 4 noviembre. —Miembros investigadores de la policía, ayudados por los servicios nacionales de información del FBI, el cual ha puesto sus colosales ficheros a disposición de la policía, como siempre, han logrado por fin identificar a uno de los ladrones del Museo de Historia Natural. Según parece,

se trata de Wallace North, individuo poco recomendable, fichado, de vida alegre y elegante. En breve, su fotografía aparecerá en este diario.

»Parece ser que Wallace North ha partido rumbo al Oeste, suponiéndose que su destino, por el momento, sea Texas, desde donde quizá intentase pasar a México.

»La policía, contando con la red radial del FBI, está cercando a Wallace North, y se espera que muy pronto pueda ser apresado, con lo cual, el resto de la banda quedaría en inminente peligro de ser también localizada. No se excluye, sin embargo, la posibilidad de que la banda se haya dispersado, y que mientras Wallace North viaje hacia el Oeste y luego al Sur, los restantes miembros, al menos uno, estén viajando hacia Miami, o bien se hallen ya en dicha ciudad. Todos los esfuerzos están dedicados actualmente a la búsqueda de Wallace North, pues se tiene la seguridad de que, una vez apresado él, el resto de la banda caerá por sí sola».

—¿Johnson o Goldwater?

Mary Lou Estefaner respingó fuertemente, volviéndose hacia el respaldo del asiento.

Allá lo tenía. Tony Leopard estaba mirándola con una sonrisa de niño idiota que está seguro de ser simpático. Había apoyado un codo en el respaldo del asiento de Mary Lou, y la barbilla en la mano.

Mary Lou replicó, casi acremente:

—No era eso lo que leía.

—¿No? —Leopard abrió mucho los ojos—. Caramba, ¿qué otra cosa se puede leer el día de las elecciones, linda?

—No todo el periódico habla de Goldwater o Johnson.

—Debe ser un periódico mediocre.

—*Es el New York Times.*

—¡Vaya! —Tony Leopard encogió los hombros—. No acierto ni una, ¿verdad?

—Eso parece.

Había una señora en el asiento vecino a Mary Lou.

Miró un par de veces a ésta y lo mismo a Leopard, pareció a punto de decir algo, pero se calló y se dedicó a mirar por la ventanilla. Volaban sobre nubes y, realmente, no era un espectáculo distraído.

—¿Qué tal si me acepta un ginger ahora? —sugirió Leopard—. Ya estamos en camino, no podemos perder el avión. ¿Okay?

Mary Lou frunció el ceño, primero. Leopard era un poco vocinglero. Todos se estaban dando cuenta de que andaba tras ella, cercándola a la descarada. Pero eso no parecía importar a Leopard, y respecto a los viajeros, no había ni uno solo que no mirase con simpatía, y con cierta envidia, a Tony Leopard.

Simultáneamente, Mary Lou estaba pensando en lo de Wallace North. Ella nunca había considerado demasiado lista a la policía, y en aquel diario se lo confirmaban. ¡Wallace North! ¿Quién demonios sería aquel tipo? Seguramente, algún desdichado que iba a pagar los platos rotos en el despiste policial. Bueno, no podía decirse, ciertamente, que la policía fuese bien encaminada. En cuanto al FBI, tenían muchos humos, pero eso era todo.

¿Por qué no celebrar la desorientación de la policía tomándose un par de tragos con Leopard? Quizá su amistad le iba a ir como sombrerito nuevo a su linda cabecita.

—Okay —sonrió Mary Lou—. Pero creo que tomaría algo más fuerte.

—Eso está bien, bombón. Vayamos al bar y allá pediremos algo que sea muy fuerte... Mmm... Un vodka-tonic, por ejemplo. ¿Lo probó alguna vez?

Mary Lou se puso en pie, reuniéndose con Tony Leopard, que se trasladó al pasillo, y así dejó de molestar al pasajero que iba detrás de la muchacha.

Se dirigieron los dos al bar del avión. Allí había dos hombres y tres mujeres; un hombre y una mujer debían ser matrimonio o algo así, evidentemente. Los demás, parecían estar allá por su propia cuenta y en su propia compañía. Era un ambiente grato, casi silencioso; lo habría sido completamente a no ser por el rumor del avión y los manejos del barman aéreo.

Leopard y Mary Lou se sentaron muy juntos en el rincón más

alejado de presencia humana; que no era muy distante, teniendo en cuenta las reducidas dimensiones del bar. Con un gesto, Tony atrajo al camarero.

—Dos V. T., muchacho.

—Sí, señor.

Mary Lou miró como sorprendida a Leopard.

—Juraría que no es la primera vez que hace este viaje.

—No es necesario que lo jure —sonrió Leopard—. Lo interesante sería que fuese el último.

—Eh... ¿Por qué?

—Estoy harto de visitar a «Charlie». Y a tía Minnie. ¿No le parece que Nueva York es horrible?

—Estoy convencidísima de ello, señor Leopard.

—Magnífico. Eso demuestra que tiene usted buen gusto. Odio las ciudades que se tapan el sol a sí mismas. Esto... Bueno, yo no me llamo «señor Leopard».

—Pues... Bueno, usted dijo...

—Me llamo Tony Leopard. Júrelo, esto sí puede jurarlo. Pero resulta que el «señor Leopard» era mi padre. Yo sólo soy Tony. Vamos, a menos que le parezca a usted viejo, gruñón, aburrido, y que no tenga intenciones de volver a verme.

—Usted no es nada de eso..., Tony.

—Voy progresando —sonrió Tony, acercándose aún más, con lo cual se produjo el contacto—. Ahora, ¿qué tal si por fin me dice su nombre, *baby*?

—Mary Lou.

—Ooooh... ¿De veras?

—Naturalmente. ¿Cree que miento?

—Casi, casi... Ocurre que siempre deseé conocer a una muchacha como usted.

—¿Que se llamase Mary Lou?

—No, no... Que se llame como quiera, pero que sea como usted. ¿Está autorizada?

—Autorizada... ¿para qué?

—Para ser tan preciosa.

Mary Lou se mordió los labios, evitando la carcajada.

—No —admitió—. Jamás obtuve autorización.

—Está en peligro —sentenció Leopard—. A menos...

—¿A menos...?

—A menos que se busque a alguien que la proteja.

—¿Usted, por ejemplo?

—Sin ejemplo: yo. Además de Mary Lou, ¿qué más?

—Estefaner. Mary Lou Estefaner.

—Asombroso. ¿Qué me dice de mi ofrecimiento?

—¿Cuál ofrecimiento?

—Protegerla, demonios.

—Protegerme..., ¿de qué?

—De tipos como yo.

—Oh, por favor, Tony...

Leopard puso los ojos en blanco. Pero tuvo que regresarlos al verde cuando oyó los golpecitos en la mesita y oyó la voz del barman:

—Dos V. T.

Mary Lou probó el vodka-tonic, algo recelosa. Pero tuvo que admitir:

—Está bueno.

—Está asqueroso —gruñó Leopard—. Falta aquí mucha vodka. Por eso me gusta prepararme yo mis bebidas. Si probase mis mezclas, no se alejaría jamás de mi lado.

—Quizá las pruebe... ¿Es muy difícil pescar el pez-espada?

—¡Sí! Pero si se sabe... —Leopard se calló bruscamente y se quedó mirando a Mary Lou—. Bueno, yo no soy excesivamente vanidoso, Mary Lou, pero si lo fuese, creería que...

—¿Qué?

—¿Qué tal le sentarían unas pequeñas vacaciones en un yate algo deteriorado?

—No lo sé. Pero es fácil averiguarlo, Tony. Claro que si el yate es muy pequeño y está muy deteriorado...

—¿Por quién me ha tomado? Mi yate mide casi cincuenta pies de eslora, y «estaba» deteriorado. Según el telegrama que recibí en casa de tía Minnie, ya está en perfecto estado: reparado, remozado, pintado... Con ese yate se puede dar la vuelta al mundo..., si la compañía es buena. A veces, los viajes por mar resultan aburridos por eso: por falta de compañía... adecuada.

—¿Nunca encontró compañía... «adecuada», Tony?

—Bueno... Esto... Verá, hay compañías y compañías. Quiero

decir que aunque a veces el viento sople del Sur, no quiere decir que no pueda soplar también del Norte. ¿Comprende?

—Ni una palabra.

Tony Leopard se rascó la barbilla.

—Caray, no sé...

—No se esfuerce —rió Mary Lou.

—Es que me gustaría convencerla para que visitase mi yate.

Mary Lou Estefaner miró intensamente a Tony Leopard. Alzó el vaso de vodka- tonic, bebió otro sorbito, siempre mirando fijamente al simpático pelirrojo, y susurró:

—Siga convenciéndome, Tony: no soy tan difícil como parezco.

CAPÍTULO III

En el Miami International Airport, Tony Leopard alquiló un taxi, con la dirección muy simple de Miami Beach. El coche salió del aeropuerto, enfiló en seguida por Airport Expressway, llegó al mar y cruzó la bahía por Julia Tuttle Causeway.

Leopard miraba de reojo a la espléndida rubia y sonreía irónicamente. Si algo había en el mundo que Mary Lou no pudiese hacer en aquel momento, era hacerle creer que había estado antes en Miami. Lo miraba todo con los ojos muy abiertos, como incrédula. Quizá tuviese aires de millonaria, pero no lo era. O por lo menos, era una millonaria que jamás había estado en Miami.

Las luces de Miami Beach, sus altos edificios blancos en la noche, hicieron morderse los labios a Mary Lou. ¡Aquello era Miami! Luces de colores, el mar, todo despejado, sin niebla, edificios alegres, una bahía alegre, rostros bronceados... ¡Miami!

—No ha cambiado mucho, ¿verdad? —sonrió Tony.

—¿El qué?

—Miami.

—Oh, no... No ha cambiado mucho...

—¿Cuánto hacía que no estabas aquí?

—Pues... Muy poco. Muy poco, sí...

Leopard sonrió amablemente. Cogió una mano de Mary Lou, la acercó a sus labios y la besó.

—Algo hay de suerte en el mundo, Mary Lou: Miami está todavía aquí... y nosotros en Miami. ¿No es estupendo?

Mary Lou miró a Tony Leopard con una sonrisita dulce, entornados los ojos. Aquel muchachote era deliciosamente tonto, pero simpático y agradable. Algo era seguro: por muy agradable que hubiese resultado Tony Leopard, ella no estaría con él si

además no hubiese resultado también deliciosamente tonto.

—Es estupendo, Tony...

Eso animó a Leopard. Pasó un brazo por los hombros de Mary Lou y la atrajo suavemente hacia él. Volvió su carita encantadora, dejando los labios entreabiertos.

Claro.

Se besaron.

El beso duró tanto, que tardaron en darse cuenta de que el taxi se había detenido. Por lo menos, Tony Leopard tardó en darse cuenta.

—Estamos en Miami Beach, en la mismísima Godfrey Road —dijo socarronamente el taxista—. ¿Y ahora...?

Tony miró fijamente a Mary Lou.

—Bueno, tú dijiste que no querías que te acompañase a casa de tu familia, Mary Lou.

—De momento, es mejor que no, Tony.

—Bien. ¿Recuerdas mi dirección?

—¿Cómo olvidarla, Tony? Además, no tiene pérdida. Una villa en la playa delante de Alton Road, justo delante mismo de la Gorce Golf Course, casi a la altura de la Calle Sesenta y Tres. La villa se llama El Pajarraco. ¿Okay?

—Okay —sonrió Tony—. ¿Podrás venir esta misma noche?

—Es muy tarde ya.

—Bueno, no quiero forzarte, Mary Lou... Tú ya sabes dónde estoy. ¿Okay?

La besó rápidamente en los labios y ella correspondió con un no menos rápido mordisquito.

—Okay —sonrió—. Hasta la vista, Tony.

Leopard bajó del taxi, aceptando la decisión anteriormente expuesta por Mary Lou de que no la acompañase a su domicilio; es decir, al domicilio de unos familiares.

El taxi se alejó, dejando a Tony Leopard en un lado de la calzada, con su diminuta maleta y cara de tristeza.

Y dentro del taxi, Mary Lou Estefaner daba la dirección del Robert Richter Hotel:

—Collins Avenue, 3301.

El taxista la miró por el retrovisor, como perplejo.

—Allá está el Richter, señorita.

—Lo sé. Y vamos allá.

El taxista pareció pensar algo no muy agradable, pues había oído la conversación entre Tony y Mary Lou, pero a fin de cuentas, a él le importaba un pepino el lugar donde la muchacha tuviese su familia... Y dos pepinos si la cosa era cierta o no. De modo que condujo el coche por Godfrey Road hasta el cruce con Collins Avenue, giró hacia el Sur, y en breve, el taxi se detenía delante del hotel.

Mary Lou pagó la carrera, mientras un botones se hacía cargo de su única maleta y cargaba con ella hacia conserjería. Una vez allá, la espléndida rubia se presentó:

—Encargué hace dos días una *suite*, desde Nueva York, por telegrama. Telefoneé a la noche y me dijeron que la tenía reservada: Mary Lou Estefaner.

El hombre sonrió, miró los registros, se volvió hacia las casillas y tomó la llave en cuya placa se veía el número ochocientos catorce.

—Encantado de tenerla entre nosotros.

—Gracias. ¿No llegó nada para mí?

—El casillero está vacío. Si está esperando algo urgente, se lo subiremos en cuanto llegue.

—No, no... No hay ninguna prisa. Sea lo que fuere que llegue, lo dejan en el casillero: yo lo recogeré cuando lo necesite.

—Como guste, señorita Estefaner.

Ella se volvió, interpretó el botones su gesto, y de nuevo cargó con la maleta hacía los ascensores. Bajaron en la octava planta. El muchacho tendió la mano, Mary Lou le dio la llave y él abrió, dio la luz y dejó pasar a la rubia-imán. Entró él, con la maleta, pero antes de que tuviese tiempo de tomar alguna iniciativa, Mary Lou le dio cinco dólares y una sonrisa.

—Yo me arreglaré.

—Gracias, señorita. Si necesita algo...

—Llamaré —sonrió ella de nuevo—. Gracias.

Se quedó sola en la *suite*.

Entonces se cogió la falda con las dos manos, ahuecándola, y se lanzó por todo el *living-hall*, girando a tiempo de vals. ¡Lo había conseguido!

Allí estaba ella, Vera Gardner, por fin: en Miami, en uno de los hoteles más caros de Miami Beach, con baño privado, con

calefacción, con aire acondicionado, con terraza..., ¡con todo lo que quisiera! Un hotel con pistas para tejo, con playa privada, con piscinas de agua salada o dulce, con cabañas individuales si así le venía a gusto... ¡Con todo! Y no hacía frío, ni había brumas, ni... ni...

Fue hacia la terraza y abrió las puertas-ventanas. Delante y abajo, el mar, las piscinas, las luces de colores, los coches brillantes, la gran terraza...

Todo junto, pareció formar una bola de millones de colores que comenzó a girar ante los ojos de Mary Lou Estefaner. ¡Estaba en el Robert Richter Hotel, en Miami Beach, en un lugar donde sólo podían estar los millonarios...! ¡Oh, pero eso no era nada, no era nada...!

La bola de colores dejó de girar y la rubita contempló más serenamente toda la belleza que tenía ante ella y que sólo el dinero podía proporcionarle.

Todo había valido la pena... y todo lo que quedaba por hacer, valdría la pena.

Miró su relojito: las nueve y media. ¿No era maravilloso? A las tres de la tarde estaba en Nueva York; a las nueve y media, en la más deliciosa *suite* que había visto en su vida.

Las nueve y media.

Bien, todavía quedaban cosas por hacer.

Recogió la maleta, pasó al dormitorio, dio la luz y se mordió los labios de emoción al ver el lugar a donde había ido a parar... Casi temblando, se llegó hasta la cama y se dejó caer en ella, hundiéndose voluptuosamente, dando vueltas por ella.

Las nueve y media.

Con un gritito de alegría, se puso en pie, colocó la maleta sobre la cama y la abrió. Sacó las pocas prendas que llevaba, pero no las puso en el armario. Las fue dejando en la cama, hasta que apareció la pistola. Una pistolita de 7,5, con cachas de nácar y cañón un tanto excesivamente largo. Fácil de explicar: con aquella pistola podía disparar silenciosamente, sin necesidad del pesado y molesto silenciador. Tal como estaba, podía disparar siete veces sin que los estampidos significasen más ruido que el descorche de una botella; y no de champaña, sino el suave «pop» de una botella corriente cuyo tapón hubiese estado bien encajado. La guardó en un bolso.

Luego, fue al *living*, localizó el teléfono en un rincón, en la mesita donde estaban las guías de Miami Beach. Había teléfono en el dormitorio también, pero necesitaba las guías.

Lo primero que hizo fue buscar en ellas el nombre de Anthony Leopard a ella no se la pegaba nadie.

Y allí estaba, en efecto: Anthony Leopard, 5774 Alton Road, teléfono JE 7 – 3114.

—Es tonto, es tonto...

Se echó a reír. Tenía derecho a reír, cuando la suerte la estaba favoreciendo tan claramente. Tony Leopard se había colocado en su camino con la mayor oportunidad del mundo. ¡Y tenía un yate capaz de navegar lejos de allí...!

Pidió el número de Leopard. Oyó el repiqueteo de la llamada. Seguramente se pondría algún criado.

—¿Sí?

—Oh... ¿Eres tú, Tony?

—¡Mary Lou! ¿Ocurre algo?

—No... todavía. ¿Tienes algún compromiso esta noche?

Hubo un silencio en la parte correspondiente a Leopard. Luego, su voz sonó quedamente:

—¿Quieres decir que vas a venir, Mary Lou?

—Bueno... Es pronto, y he pensado...

—Pero... ¿y tu familia?

—Oh, ellos no me hacen mucho caso... Además, ya te he dicho que estuve no hace mucho aquí y tenemos pocas cosas que decirnos.

—En cambio, entre nosotros...

—Puede que tengamos muchas, Tony —rió ella—. Te aseguro que no estoy muy tranquila. No me fío de ti.

—Haces bien —rió también Tony—. No hay mujer que se me resista. Si vienes aquí, estarás en un grave peligro.

—Estás bromeando.

—Sólo un poquito. ¿Champaña, Mary Lou?

—Beberemos champaña. Pero te advierto —volvió a reír— que pienso ir armada.

—Estupendo: ¡un crimen pasional! ¿Cuánto vas a tardar?

—Mmmm... ¿Me concedes una hora?

—¡Una hora! —gimió Leopard—. ¿Piensas venir a rastras?

Mary Lou rió una vez más. Tony le resultaba más y más

divertido. Naturalmente, puesto que él estaba acostumbrado a aquellas cosas... Lo que no se esperaba...

—Creo que voy a bañarme y a cambiarme de ropa. Tony. Una hora es lo menos que puedes concederme.

—Está bien, maldita sea mi estampa... Prepararé algo de cena.

—¿Prepararás? ¿No tienes servidumbre?

—Se supone que sí. Pero en cuanto yo me largo de aquí, ellos hacen lo mismo, a pegarse la gran vida a mi costa. Y como he llegado de improviso, sin avisar... ¿Frío o natural?

—¿El qué?

—El champaña, claro.

—Oh, creo que es un crimen beber champaña al natural.

—Así me gusta... y no hablemos más, porque tengo que preparar la cena y tú has de... adornar tu insuperable belleza. ¿Nacional o importado?

—¿El qué?

—El perfume que usas, *baby*.

—Pues... ¿Cuál te gusta a ti?

—Demonios, yo soy muy americano.

—Me bañaré en perfume nacional —rió Mary Lou—. ¿Tienes alguna exigencia más?

—Otra.

—¿Cuál?

—Dime que me amas.

—No te amo, Tony. Pero... ¿quién sabe? Dicen que hay hombres que pueden conseguir todo lo que quieren.

—Yo soy uno de éstos. Después de esta noche, me amarás hasta la muerte. ¿No es romántico?

—Es delicioso. Hasta dentro de una hora.

—Sesenta minutos... ¡Santo Dios!

Mary Lou colgó, riendo. Se reía de verdad, a gusto. Y todavía riendo, sacó un papelito del bolso, leyó el número de teléfono escrito en él después de haberlo musitado de memoria, y convencida de que ya no se le podía olvidar, encendió un cigarrillo y con la llama del encendedor quemó el papelito.

Entonces pidió por el otro número, éste de Miami.

Eran cuatro: Merlín Rockers, Lyman Colloway, Ernest McTroy y Willy Ferragut. Cada uno de ellos había alquilado una habitación en un sitio diferente de Coral Gables, Miami, pero en aquel momento estaban los cuatro reunidos en la de Merlín Rockers, en Palermo Avenue, sentados en sillas, un sillón, y la cama. El que estaba en la cama era Merlín Rockers.

Rockers era un tipo alto, elegante, de rostro varonil, algo dura la expresión, pero agradable en general. Tenía los ojos muy negros y el cabello muy ondulado; unas manos grandes, fuertes y unos hombros muy anchos. Un atractivo y varonil atleta elegante.

Lyman Colloway se parecía a Rockers, aunque era algo más bajo y de expresión algo menos inteligente, sus cabellos eran rubios y sus ojos azules. Como Rockers y como los otros dos, también era elegante, sobrio.

Ernest McTroy era el menos guapo del cuarteto, quizá porque tenía la frente algo estrecha y los hombros demasiado anchos; era, evidentemente, el más fuerte de los cuatro, a pesar de ser el más bajo. A pesar de su discreta elegancia y buenos modales, a ninguno podía escapársele la idea de que McTroy podía matarlos sólo empleando las manos. Por fortuna, los cuatro eran amigos.

Willy Ferragut era el más joven, el más esbelto y el más elegante. Tenía los ojos de un sorprendente tono amarillento, como un gato viejo, y los cabellos castaños, peinados pulcramente con raya a la derecha. Siempre tenía una sonrisita en los labios y parecía continuamente el más cansado de todos.

Sobre la cama, junto a Rockers, se veían tres periódicos abiertos. Se desdeñaba la noticia de la elección de Lyndon B. Johnson como presidente de Estados Unidos, y se concedía la máxima importancia a otras noticias.

—Ya os lo dije —sonrió Rockers—. Con esto de las elecciones y toda esa mandanga, la prensa apenas se ocupa del robo. Unas cuantas líneas y eso es todo.

—Pero no dejan el caso —apuntó McTroy.

—Bueno, es natural: no toda la policía o todo el FBI va a dedicarse a las elecciones y tonterías de éstas. Siempre quedan algunos para los trabajos de cada día.

—¿Quién demonios será ese Wallace North? —rió Colloway.

Los otros tres también rieron.

Rockers cogió uno de los diarios, doblado por la página que les interesaba. Uno de ellos hacía referencia al robo de piedras preciosas en el Museo de Historia Natural de Nueva York. Una sola columna de poca importancia.

Decía:

«Houston (Texas), 3 noviembre. —Dos agentes del FBI han apresado hoy, en esta ciudad, a Wallace North, acusándosele del robo de piedras preciosas en el Museo de Historia Natural de Nueva York. La policía y el FBI habían sospechado de North al notar su ausencia de Nueva York, sabiendo que North había estado encarcelado tres años atrás por un delito semejante, si bien de menor importancia. El hecho de que Wallace North se marchase de Nueva York justamente muy poco después del robo en el Museo, puso tras él a la policía. Pero ha sido el FBI quien lo ha atrapado y lo ha puesto a disposición de la policía. Un nuevo servicio del FBI en su constante labor de colaboración con la policía. Sin embargo, parece que la policía tendrá dificultades con Wallace North, el cual niega saber nada respecto al robo de que se le acusa».

—Bueno —rió Merlín Rockers—, lo que le sucede a la policía y a Wallace North es cuenta de ellos, ¿no?

—Siempre he dicho que nuestra policía es muy deficiente —bromeó también Ferragut—, pero estaba convencido de que el FBI era una cosa seria.

—Hay que tener en cuenta —apuntó lánguidamente Colloway— que el FBI ha colaborado. Sólo colaborado: no se ha ocupado del caso.

—Como sea, lo cierto es que los beneficiados hemos sido nosotros.

—Y el perjudicado, el amigo Wallace North.

—¡Pobre hombre!

—¡Bah! En un par de días, la policía y el FBI se darán cuenta de que han metido la pata y tendrán que soltarlo.

—Y para entonces, nosotros estaremos lejos de aquí y con las piedras. Quinientos mil dólares dicen que valen esos vidrios. No me negaréis. —Merlín Rockers estaba evidentemente ufano— que ha sido un golpe limpio y productivo.

—Lo ha sido —admitió McTroy, ceñudo—; pero todavía no ha terminado la operación. No podemos estar seguros de que mientras

la policía se dedicaba a ese Wallace North, Vera haya llegado ya a Nassau.

—¿Estás criticando mi plan, Ernest? —Gruñó Rockers.

—Ni mucho menos. Escucha, Merlín, yo sé que eso estuvo muy bien: nosotros, creyendo que la policía nos seguiría, nos venimos a Miami, pero dejando un rastro más o menos visible. Según leímos el otro día, la policía sospechaba de cuatro hombres que, según parecía, habían partido hacia Miami. La policía debió seguirnos.

—Eso hubiesen hecho si no hubiese entrado en escena ese idiota de Wallace North. ¿No, Ernest?

—Seguro, Merlín. El caso es que tanto da que le hayan seguido a él o a nosotros. Nuestra idea era distraer a la policía para que Vera, mientras la policía nos cercaba o nos atrapaba aquí, se largase a Nassau.

—Hemos tenido más suerte de la que esperábamos: Vera se ha largado con las piedras, y la policía no nos ha molestado a nosotros. Eso es todo, Ernest.

—Pero si comprueban que ese North es inocente, cosa que nosotros sabemos muy bien, la policía pensará de nuevo en nosotros.

—Muy bien, que vengan; ¿acaso tenemos nosotros las piedras? Mi plan era bueno, Ernest. ¿A qué discutirlo ahora que todo ha salido bien? Si la policía viene a por nosotros, no podrán probar nada... Sí, estuvimos el día del robo en el Museo, muy bien... Uno de los guardias nos reconocerá: de acuerdo. ¿Y qué? ¿Acaso tenemos las piedras? ¿O acaso no podemos venir a Miami cuando nos dé la gana? Nos prenderán, quizá, pero tendrán que soltarnos, igual que harán con ese North. Nosotros teníamos ya proyectado este viaje a Miami, hasta el punto de que ya habíamos reservado habitaciones. ¿Van a acusarnos de eso? ¿O de haber querido visitar el Museo unas horas antes de venir hacia aquí? Todo estaba bien preparado, Ernest..., y todo va a salir bien. Repito: ¿a qué criticar ahora mi plan? ¿Eh?

—No estoy criticando nada —refunfuñó McTroy—. Sólo estoy pensando que ya deberíamos tener noticias de Vera.

—¿No te encuentras a gusto en Miami? —rió Colloway.

—No es que tenga prisa por ir también a Nassau, en busca de Vera y del dinero que nos pagarán por esas piedras, Lyman. Bueno,

lo cierto es que preferiría largarme a las Bahamas antes de que la policía o el FBI vuelvan de nuevo hacia nosotros. Recuperarán la pista, ya lo veréis.

—¿Y qué? Es mejor que nos atrapen y nos interroguen en Miami: así nos lo quitamos de encima de una vez y podemos largarnos ya tranquilamente a Nassau.

—Está bien, está bien... Pero me gustaría saber algo ya de Vera, eso es todo.

—Tranquilo. Le dimos a ella las piedras al salir del Museo, y Vera habrá hecho todo lo que yo le indiqué. Tranquilo, Ernest.

—Bueno, puedes estar tranquilo tú.

Merlín Rockers frunció el ceño.

—No te entiendo.

—Vera Gardner es tu chica, ¿no?

—Así es —admitió secamente Rockers—. ¿Y qué?

—Pues que tú puedes confiar en esa pelirroja, pero nosotros no tenemos por qué hacerlo.

—Esa pelirroja —recalcó Rockers— es mi chica, en efecto, Ernest. Y me será fiel a mí, y por tanto, a vosotros. Y no me gusta que digas «esa pelirroja», como si fuese una basura.

—No lo digo en ese sentido. ¡Maldita sea, Merlín! Yo sé muy bien que tu chica es un bombón, que es elegante, y que no tiene un pelo de tonta. Pero daría algo por estar seguro de que se fue directamente desde Nueva York a Nassau, en las Bahamas. Y daría algo más porque ya se hubiese puesto en contacto con nosotros.

—¿En contacto? ¿Cómo? ¿Qué pretendes: acaso que nos llame desde Nassau? ¿Quieres dar esa pista a la policía o al FBI?

—Escucha, el tipo con el que hicimos el trato, está ahora en Nassau, ¿no?

—Claro. Él es residente allá y tenía que esperar a Vera.

—Bueno, pues si Vera ha llegado allá, ¿por qué no nos lo comunican por medio de algún enlace? Ese tipo debe tener enlaces en Miami, seguro.

—De acuerdo, Ernest. ¡Maldita sea, tienes razón! ¿Por qué no quieres tener también un poco de calma?

—Ya te lo he dicho: Vera es tu chica, no la mía.

Rockers frunció hoscamente el ceño.

—Ernest, ¿qué estás tratando de decir todo este rato?

—Mira, si tu chica...

El teléfono sonó en aquel instante.

Colloway iba a descolgar, pero Rockers le hizo un gesto negativo.

—Yo contestaré. A nadie le importa saber si estoy acompañado, Lyman.

—Es cierto.

Merlín Rockers se levantó de la cama y descolgó el auricular.

—¿Hola?

—¿Eres tú, cariñín? Soy Vera, y estoy en Miami Beach. ¿Cómo estáis todos?

Merlín Rockers palideció, pero los demás estaban a su espalda, de modo que no pudieron notarlo. Tampoco notaron su esfuerzo cuando contestó, serenamente:

—Me temo que se equivoca...

—Oh, ya comprendo, «panterita mía» —rió irónicamente la falsa Mary Lou Estefaner—. Ellos están ahí, ¿no es cierto? Bueno, no importa. Te diré algo, cuando acabe tú repites eso de que «me temo que se equivoca» y ya está. Atiende, Merlín, cariñito: algo ha cambiado tus planes. No pienses mal de mí. Es tan sólo que hubo ciertas dificultades, y por eso estoy en Miami. Como supongo que no quieres que tus amigos se enteren de lo que nosotros dos queríamos hacer, es mejor que vengas tú solo, dentro de una hora, para ayudarme a salir del apuro, a esta dirección: 5774, Alton Road, Miami Beach, a una quinta llamada El Pajarraco. ¿Lo has entendido?

—Sí, sí, señora... Pero ya le he dicho que no es aquí. No tiene importancia, no...

Colgó, con naturalidad. Encendió un cigarrillo y dijo:

—Una pesada, número equivocado... ¿De qué hablábamos?

Willy Ferragut deslizó, suavemente, entornados los ojos, que se mantenían fijos en Rockers:

—Ernest decía algo de que no se fiaba de tu chica, Merlín. Al menos, eso parecía.

—Ah, sí... Bueno, iros al diablo, todos. Dejadme en paz, maldita sea. Yo sí confío en Vera y ya está todo hablado. Ahora, largaos ya de aquí. Son las diez menos cuarto. Id a divertirlos y ya nos veremos mañana.

Lyman Colloway alzó un dedo.

—¿Sabes? Ésa es una buena idea, Merlín.

Se puso en pie, y Ernest McTroy le imitó en seguida. Willy Ferragut tardó un segundo de más, todavía entornados los ojos. Pero cuando habló, lo hizo jovialmente.

—Ese telefonazo ha sido muy oportuno —rió—. Creí que Ernest y tú os ibais a pelear.

—No hay caso —sonrió Rockers—. Y os advierto una cosa: si nos peleamos entre nosotros, sólo la policía saldrá beneficiada. ¿Correcto?

—Correcto, Merlín. Bueno, hasta mañana.

—Hasta mañana.

McTroy, Ferragut y Colloway salieron de la habitación. Rockers cerró en seguida. Quedó apoyado de espaldas en la puerta, prietos los labios, concentrada la expresión.

—Maldita sea... ¿Qué habrá pasado ahora?

Se sentó de nuevo en la cama, pensativo. Hasta dentro de una hora, no tenía que ir a reunirse con Vera, de modo que tenía tiempo de dejar que Ernest, Willy y Lyman se alejasen.

Se dedicó a cambiarse de ropa en cuanto acabó el cigarrillo. No dejaba de pensar, de modo que llegó a la conclusión de que Vera estaba en cierto apuro, y por lo tanto...

Acercó una silla al armario, colocó un diario en la silla y se subió. Recogió la pistola que tenía allí, puso la silla en su sitio y el periódico sobre la cama. Sacó el cargador y le echó un vistazo. Todo en orden.

A las diez y veinte, con un margen de veinticinco minutos para llegar a aquella quinta llamada «El Pajarraco», lo cual quería decir que llegaría algo retrasado, inevitablemente, Merlín Rockers abandonaba su habitación, con una pistola bajo el sobaco izquierdo y un montón de negras ideas en la cabeza.

CAPÍTULO IV

El Pajarraco era una quinta que desde el mismo borde de Alton Road se adentraba hasta llegar a la misma playa. Había palmeras, pinos y flores.

Una delicia...

La entrada estaba protegida por una verja, y junto a esa verja estaba Tony Leopard, juvenil, simpático y atractivo como nunca, a pesar de sus cabellos color remolacha y sus ojos color pimienta, y su rostro un tanto feote. Sí, allá estaba Tony cuando el taxi se detuvo y Mary Lou descendió de él.

Las once menos veinte.

Ésa era la hora.

Tony llegó junto a Mary Lou cuando el taxi ya se alejaba. Lo primero que hizo, con gesto indiscutiblemente simpático, fue besar a Mary Lou en los labios, como si allá hubiese una medicina mágica, capaz de curarlo todo. Ella correspondió con agrado al beso. Luego, Tony la abrazó por la cintura, la condujo hacia la verja, y dijo:

—¡Ábrete, oh, Sésamo!

Todo fue muy fácil, puesto que la verja ya estaba abierta. La cruzaron riendo los dos. Tony la cerró, a toda prisa, y regresó sus brazos a la cintura de Mary Lou. Y sus labios a los labios de Mary Lou.

Al fin y al cabo, podía estar pensando la rubia teñida, a todos los condenados se les concede un último deseo. Y para ella, Tony Leopard no era más que un condenado... Quizá no a muerte, pero tampoco podía decirse que Tony fuese a pasarlo demasiado bien.

—Tony...

—¿Qué hay?

—¿Por qué me besas así? —suspiró ella.

—¿Cómo te beso?

—Como... como si fueses a... a devorarme...

—Es posible que tenga un ligero apetito —rió Tony.

—¡Ligero! Te ruego...

Tony Leopard volvió a besarla «así», y Mary Lou se quedó sin respiración. Pero de verdad, sin trampas. Fue un beso tan audaz, tan profundo, que cuando los labios femeninos quedaron libres, la rubia teñida estaba poco menos que mareada... ¿Iba a resultar que Tony Leopard era peligroso..., por lo menos en aquel terreno?

—Por favor...

—Entonces... —musitó Leopard—, ¿es cierto?

—¿El qué?

—Que mis besos son como cargas de dinamita en el corazón de dulces jovencitas. ¿Es cierto?

—Oh, creo... creo que debería tomar... algo fuerte, ahora.

—¿Qué tal un vodka- tonic preparado por mí?

—Tony, quisiera que te portases bien conmigo.

—¿Cómo puedes dudarlo? Te estoy dando lo mejor que tengo: mi champaña, mi vodka y mis besos... ¿Acaso eso es portarse mal, *baby*?

—Vayamos a la casa.

—Okay.

La volvió a besar, abrazándola fuertemente con manos atrevidas. Mary Lou volvió a experimentar de nuevo aquella sensación de ahogo, de falta de aire... Una cosa no podía dudarse: Tony Leopard tenía unos pulmones especiales, por lo menos para aquellos menesteres.

—Me parece... que no he debido venir...

—No quieras hacerme sufrir —rió Leopard—. Estás loca por mí y eso es todo. No vas a engañarme ahora con frases románticas, Mary Lou... Demonios, ¿es o no cierto que estás loca por mí?

—Me parece que... empiezo a estarlo... ¡No! ¡Más no..., por ahora...!

—Okay, reservaremos las energías. Adelante, princesa.

La casa se veía al fondo, escasamente iluminada... ¿Para qué más iluminación, si sólo dos personas iban a estar allí? Con un par de velitas y una botella de champaña, la cosa quedaba más que

estupendamente arreglada.

Llegaron a la fachada, pero Mary Lou no tuvo ni siquiera la oportunidad de equivocarse al querer entrar en la casa por allí. Tony Leopard la llevaba agarrada por la cintura y la condujo hacia la parte de atrás, es decir, la que daba a la playa. En seguida, Mary Lou vio las luces rojas, en el mar; sólo podían pertenecer a una embarcación.

—¿Tu yate?

—Y tuyo, *baby*.

—Tony, ¿estamos solos?

—Como Adán y Eva..., pero con ropas más elegantes. Vayamos a la terraza cubierta y podrás ponerte cómoda.

—¿A qué llamas tú... «cómoda»?

—Pues a... a despojarte de todo lo que pueda molestar mi visión de... de lo bonito de la vida, Mary Lou.

—Tendré frío.

—Arreglaremos eso, ya lo verás...

Subieron a la terraza. Delante de ellos, Mary Lou vio las aguas de una piscina y las del mar. Había también algunos tardíos parasoles. A la luz de la luna, vio, en la playa, unos cuantos patines, sin vela; a remo, entonces, por supuesto; quizá a pedal. Había palmeras y setos. Olía a flores...

Miami Beach...

De pronto, Mary Lou Estefaner o, más claramente, Vera Gardner, se preguntó si no hubiese sido mejor que todo fuese cierto: ella, Tony... Todo auténtico.

Pero, no. No. Ella era la cómplice de unos ladrones de piedras preciosas, y, en definitiva, estaba llevando a cabo «su» plan. «Su» plan, no el de los demás. Y a fin de cuentas, tampoco tenía por qué engañarse con respecto a Tony Leopard. Éste era uno de esos tipos con dinero que siempre procuran obtener lo que les gusta. Luego, todo pasaba al más absoluto olvido. En aquellos momentos, Leopard estaba haciendo su trabajo habitual: vivir. Una chica bonita, champaña, luces de velas encarnadas, la playa, la luna, un yate, un olor a flores... y el final. Luego, todo pasaría a ser una parte minúscula de la historia de Tony Leopard...

Muy bien.

Ella haría que fuese al revés. O sea, que Tony Leopard pasaría a

ser una parte minúscula en la vida de Vera Gardner. Oh, de Mary Lou Estefaner, se ha querido decir...

—¿Entramos?

Mary Lou no se movió, ni contestó. La mano de Tony estaba resbalando lentamente por su espalda; se oyó un suave sonido, y Mary Lou sintió un poco de frío en la espalda.

—Tony, todavía no.

Su boca quedó ahogada en la de él, una vez más, mientras notaba en su espalda la mano de Leopard, discreta pero segura. Se separó de él, casi empujándolo.

—Tony, por favor, detesto las... las prisas...

—Estoy de acuerdo contigo.

La voz de él era algo ronca. Sus manos le cogieron la cara, le alzaron un poco la barbilla, y volvió a besarle en los labios.

—Bebamos algo, Mary Lou.

Entraron los dos en lo que debía ser el *living* de la quinta, orientado de cara al mar. ¡Todo era tan hermoso...! Vio la llamita que se acercaba a una vela, luego a otra... Oyó el tintinear de cristal contra cristal. Era un sonido como de sueño maravilloso... Llegaba hasta allí el rumor del mar, desparramándose en la arena de la playa particular de un estúpido millonario acostumbrado a aquellas cosas..., pero que aquella noche le iba a hacer cambiar de rumbo.

Tony Leopard iba a guardar un amargo recuerdo de aquella noche.

Le oyó acercarse y le vio recortado contra las luces de las dos velitas, encarnadas, por supuesto...

—Un V. T. de los míos, Mary Lou...

Adelantó la mano y notó en ella el frío del cristal. Se llevó el vaso a los labios... Sí, era diferente al tomado en el avión; más fuerte, más... peligroso. Tony, Tony..., tú mismo estás metiéndote de lleno en la trampa, casi me estás obligando...

—¿Y...? —susurró él.

—Es... más bueno que... que el otro.

—Ya te lo dije. Ven, Mary Lou...

—¿Adónde?

—Oh, sólo al sofá...

—Tony, no quiero. No quiero... todavía...

—¿Algún problema?

—Ninguno.

Él la abrazó y la volvió a besar. Allí dentro se estaba bien, muy bien. No hacía frío. No hacía calor. No hacía... nada... Sólo la vida seguía un curso como suspendido. En el silencio completo, el rumor del mar llegó hasta el *living* como una música de fondo, propicia a todo.

—Tony...

—¿Huuu...?

—Quiero ver tu yate.

—Muy bien. Mañana...

—No, ahora. Quiero verlo ahora.

—¡Ahora!

—¿No tienes allí lo mismo que aquí? Quiero decir si allí no se puede... cenar... y beber champaña... y...

Las manos de Tony Leopard se crisparon en su cintura.

—Has tenido una idea genial —susurró—. Vamos a ir al yate ahora mismo, Mary Lou.

—¡No!

—Pero... Bueno, tú misma acabas de decir...

—No puedo ir allá ahora, Tony. Me espanta la oscuridad. Ve tú primero y enciendes alguna luz... Luego, me vienes a buscar...

—Está bien... Oye, ¿no estarás arrepentida y querrás marcharte ahora?

—No seas tonto...

—No lo soy, pero quizá tú hagas que lo parezca, Mary Lou.

—Yo te estaré esperando aquí, Tony.

—Está bien. Lo llevaré todo allá. Tú no te muevas de aquí. Si quieres encender la luz...

—Si estoy aquí, no es necesario. Oh, Tony, quiero confesarte algo: jamás me ocurrió nada tan... tan hermoso... y creo... creo que ahora sí puedo decirte...

—¡Espera! —exclamó él—. Me lo dirás dentro de unos minutos, en el yate...

La condujo hasta un sillón, la besó y la dejó sentada allí, con su vaso de vodka-*tonic*. Ella lo vio, como una sombra, cargando con todo lo de la mesita, incluso el candelabro, cuyas velitas encarnadas apagó de un soplo. Lo vio pasar, cargado. Un rayo de luna, entrando en el *living*, delató el sonriente rostro de Tony Leopard cuando se

dirigía hacia la terraza.

Mary Lou se puso en pie y caminó también hacia la terraza. Lo vio meterse en uno de los patines, con todo cuidado. Estaba claro que Tony Leopard se encontraba a sus anchas allí. No tenía una sola vacilación o torpeza. Era su ambiente. Quizá había hecho aquello otras veces... ¿Quizá? ¡Seguro que lo había hecho! Y cada vez con una chica diferente...

Estaba mirando a Tony, que pedaleaba hacia el yate, cuando oyó el ruidito a su lado, a un lado de la terraza, cerca de ella. No necesitaba volverse para saber quién había allí. Pero lo hizo.

Se quedó mirando fijamente al hombre cuya cabeza asomaba por encima de la baranda de rojos ladrillos, y musitó:

—Hola, Merlín...

—Vera, ¿qué haces aquí? ¿Qué está pasando?

—Sube —rogó ella.

Merlín Rockers escaló con absoluta facilidad la terraza. Apenas había puesto los pies en ella, adelantó las manos, tomando a la rubia por los hombros.

—¿Qué ocurre, Vera? ¿Cómo estás aquí? Nuestro plan...

—Merlín, no pude hacerlo, no pude...

—¿Por qué no? ¿Dónde están las piedras? No es cosa de jugar con medio millón, Vera.

—¿Crees que estoy jugando?

—No lo sé... ¿Quién es ese tipo?

—Un millonario. Se llama Tony Leopard. Lo conocí en el aeropuerto, en Nueva York, y cuando él se lanzó contra mí, asediándome, me dije que quizá podría sernos útil.

—¿Podría sernos útil? No lo entiendo... ¿Dónde están las piedras?

—Las tengo yo. Es decir, las tendré pronto.

—¡Las tendrás pronto! —exclamó Rockers.

—Merlín, no pude hacer lo que me mandaste, no pude ir hacia Canadá con las piedras...

—¿Por qué no? Era todo muy sencillo: sólo tenías que tomar el avión y marchar a Canadá, con las piedras. Sólo eso, «panterita mía»...

—Lo siento...

—¿Lo sientes? Óyeme bien, Vera: ¿crees que yo me estoy

jugando el pellejo junto a los otros tres, para que ahora tú te presentes en Miami con un millonario? Los tengo engañados y estoy con ellos haciéndome el inocente, esperando que desde Nassau envíen un hombre a Miami para decirnos que tú no has llegado allá. El plan era que mientras ellos y yo nos retorciáramos de rabia, tú me estarías esperando en Canadá con las piedras preciosas. Precisamente estaba discutiendo el asunto con Ernest; él dice que no se fía de ti, y aunque me puse de tu lado, naturalmente, me parece muy bien que empiecen a desconfiar. Así se sorprenderán y se enfurecerán menos cuando sepan que no has ido a Nassau con las piedras. Y yo me enfureceré con ellos. Pero en cuanto pudiese, me reuniría contigo en Canadá y nos largaríamos los dos con las piedras preciosas a Holanda, donde podríamos venderlas bastante bien... ¿Fue u no fue ése nuestro plan, Vera?

—Si, Merlín.

—Muy bien: ¿por qué no lo has cumplido?

—No pude.

—¿Por qué no? Escucha, si Ernest, Willy o Lyman sospechasen algo de lo que he tramado, si supiesen que desde el principio tenía proyectado que tú te fueses a Canadá con las piedras para esperarme allí, me harían picadillo. Si tú te esfumas completamente y aparentemente yo quedo tan burlado como ellos, nada me ocurrirá. Pero si te ven por aquí y saben que has querido hablar sólo conmigo..., «Panterita mía», nuestras vidas valdrían dos centavos... o menos.

—Estoy asustada, Merlín...

—¿Por qué?

—Porque no sé si me van a salir bien las cosas.

—Te hubiesen salido bien si hubieses volado hacia Canadá en lugar de venir hacia aquí. ¿Qué pinta el millonario en todo esto?

—Oh, él tiene un yate capaz de dar la vuelta al mundo, dice.

—¿Y...?

—Y yo he pensado que con ese yate podría llegarme hasta México, por ejemplo, y de allá pasar a Holanda, con las piedras.

—Supongo que las tienes bien seguras, Vera.

—Así es.

Merlín Rockers la abrazó con fuerza.

—Te encuentro algo cambiada. No hueles igual que antes, ni

llevas un peinado parecido a los que acostumbrabas... Y hasta diría que tu pelo tiene un reflejo raro.

—¿Raro? Es rubio ahora, eso es todo.

—¿Rubio? ¿Te lo has teñido?

—Sí.

—¿Por qué?

—Por si acaso alguien buscaba a una pelirroja —sonrió Vera—. Y además, Vera Gardner se esfumó en Nueva York y nació Mary Lou Estefaner.

—Vaya...

—Cuando tomé el avión hacia aquí, yo era ya, de verdad, otra persona, Merlín.

—Está bien, está bien... Tenemos que pensar algo para acabar este asunto.

—Lo he pensado ya, querido. Calculo que Tony me llevará gustosamente a México... por un precio muy módico.

—¿Precio? ¿Habéis hablado de precios?

—No, no... Quiero decir que a él le parecerá estupendo un viaje a México en una compañía tan agradable como la mía... Oh, tú ya sabes a lo que me refiero...

—Escucha bien, Vera; no estoy dispuesto a que seas de otro hombre, ni siquiera durante un corto viaje. No quiero que pagues ese precio...

—¿Por qué no? Él tiene tanto derecho como tú. Y me gusta. Es un chico simpático; algo tonto, quizá ingenuo para mí, pero simpático. En realidad, no puede decirse que lo que voy a darle, sea un pago, puesto que pienso dárselo por mi voluntad... y por mi propia satisfacción. Me saldrá barato y agradable, Merlín.

Rockers crispó una mano en un brazo de la muchacha.

—No juegues conmigo, Vera...

—No estoy jugando, Merlín. Ocurre que he decidido separarme de ti para siempre. Lo decidí desde el mismo momento en que tuve las piedras en mis manos. Quizá desde antes, desde que tú empezaste a planear el robo. Mientras lo planeabas, yo planeaba mis cosas... y me están saliendo muy bien. Definitivamente, Merlín, ya no nos veremos más.

Merlín Rockers ladeó la cabeza y miró hacia la playa. Tony Leopard estaba despegándose del yate, pedaleando en su patín.

Seguramente no les había visto, pero no tardaría más de tres minutos en llegar allí.

—Está bien, Vera, quédate con ese tipo, si quieres. Y ahora, dame las piedras.

—Las piedras me las quedo yo, cariñito.

—¿Estás loca? —masculló Rockers, apretando más el brazo de ella—. Si me has llamado para tomarme el pelo...

—No, no... Te he llamado para despedirme de ti, queridito, para asegurarme que además de que tus amigos Ernest, Lyman y Willy ya no podrán ni sabrán cómo encontrarme, tú tampoco podrás molestarme nunca más. Buen viaje, amor...

Pop.

Pop.

Merlín Rockers, que continuaba apretando su mano en el brazo izquierdo de Vera Gardner, retrocedió un poco por el impacto de los dos plomos en pleno pecho. Su boca se abrió, sus ojos se dilataron; su mirada bajó hasta la mano derecha de Mary Lou Estefaner, que sostenía firmemente la linda pistolita silenciosa.

—¿Qué... qué... has hecho...?

Alzó de nuevo la mirada hacia el rostro de su amante, que iba a dejar de serlo en unos segundos. Era muy bonita...

Y estaba sonriendo, al contestar:

—Te he matado, queridito mío.

Merlín Rockers pareció tener intenciones de agredir a Mary Lou Estefaner. Ella se limitó a soltarse de un tirón entre violento y despectivo, y Rockers rodó por la terraza.

Quedó con la mirada fija en el estrellado cielo, muy abiertos los ojos, crispadas las facciones en un gesto de rabia y de sorpresa...

Mary Lou sonrió dulcemente, mirando hacia la playa. Leopard había saltado ya del patín y corría hacia allí. Llegó, subió a la terraza de un salto, y se dirigió directamente hacia la rubia con los brazos tendidos.

—Ya podemos...

Tropezó con el cadáver de Rockers, interpuesto entre él y Mary Lou, y estuvo a punto de caer al suelo. Recuperó el equilibrio, vio en lo que había tropezado, y lanzó una exclamación.

—¡Qué demonios...!

—Es un hombre, Tony —dijo la rubia.

—Ya veo que no es un murciélago... ¿Qué significa esto?

—No lo sé.

Tony Leopard se arrodilló junto al cadáver de Rockers, le tomó una muñeca y la alzó. Luego, la dejó caer desganadamente, como si fuese una cosa repugnante y completamente inútil.

Miró a Mary Lou.

—Cariño: este tipo está muerto.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Lo he matado yo de dos balazos en el pecho, Tony.

Y sacó de detrás la mano armada con la pistola..., que quedó apuntando directamente a Leopard desde menos de dos yardas. Leopard soltó un gruñido.

—¡No me apuntes a mí! A menos...

—¿A menos...?

—A menos que quieras matarme a mí también, Mary Lou.

—¿A ti? ¡Oh, Tony, no! ¿Por qué había de matarte a ti?

—¿Y a él? ¿Por qué has tenido que matarle a él?

—Es largo de contar...

—Tenemos tiempo —ironizó Leopard—. Y una agradable compañía. ¿Cómo se llamaba el tipo?

—Merlín Rockers.

—Le conocías, claro.

—Sí. Es uno de la banda de mi hermano.

Tony se incorporó.

—La banda de tu hermano, ¿eh? Quizá puedas explicarme eso, bonita.

—Mí..., mi hermano es el jefe de un *gang* en Nueva York. Hace tiempo de eso. Hasta ahora he estado viviendo con él allá, soportando a sus amigos... Últimamente se empeñó en que aceptase a su mejor amigo como..., como...

—Creo que entiendo. Sigue.

—Bueno, lo cierto es que Merlín estaba...

—¿Merlín? ¿Te estás refiriendo a este tipo muerto?

—Sí. Merlín estaba dispuesto a casarse conmigo. Entonces me dije que había llegado el momento de largarme de Nueva York. Y me vine a Miami. Creí... que no podrían encontrarme.

—Pues lo han hecho —farfulló Leopard—. Y pronto, además.

Dime una cosa: ¿todo eso de tu familia de Miami, tu estancia anterior, etcétera..., es mentira?

—Es..., es mentira, sí...

—¿Y te viniste a Miami sin conocer a nadie, tú sola?

—Quería... No quería saber nada más de mi hermano, de sus asquerosos amigos, de su *gang*... Empezaba a tener miedo, a estar asqueada de aquella vida...

—Oye, mira, yo no soy tan tonto como parezco, *baby*: ¿seguro que no me estás contando un cuento tártaro?

—Tony, te juro..., te juro...

—Está bien, te creo. Pero, maldita sea, ¡en menudo lío me has metido ahora! ¿Qué harías tú en mi caso?

Mary Lou se acercó a Leopard y le echó los brazos al cuello.

—En tu lugar... —susurró—, y si encontrase una mujer como..., como yo, por ejemplo..., yo la ayudaría, Tony.

—¿Qué clase de ayuda? Sólo nos queda avisar a la policía, y ya está. Pero yo conozco al teniente...

—¡No! La policía, no. Tony...

—¿Por qué no? Es lo sensato, lo apropiado...

—Tony, si la policía interviene sabrá quién soy, y todo irá mal para mí, puede que para mi hermano... Yo no quiero ya vivir con él nunca más, pero no quisiera que por mi culpa...

Leopard la apartó suavemente. Volvió a inclinarse sobre el cadáver de Rockers y le palpó el tórax por los costados, procurando no mancharse las manos con aquel líquido que brillaba a la luz de la luna en el pecho del muerto...

—Está armado... —musitó—. Podemos alegar legítima defensa, Mary Lou.

—¿Y mi pistola? —gimió ella—. No tengo permiso para llevar armas, Tony. Esta pistola me la regaló mi hermano; la debió comprar y quizá averigüen que es de él. Oh, lo mezclarán en esto, y no quisiera...

—Mary Lou: no oí ningún disparo. ¿Cómo es posible...?

—La... Mi pistola es especial. Tiene un dispositivo silenciador acoplado directamente al cañón. Es... como un juguete, Tony...

—Un lindo juguete —rezongó él— que me ha echado a perder la noche. ¿Qué hago yo ahora? Jamás me vi en un lío tan gordo, Mary Lou, créeme... ¿Qué hago? ¿Qué..., qué hacemos?

—Nadie echará de menos a Merlín Rockers, Tony. Podríamos... llevarlo al yate y tirarlo mar adentro. Quizá no lo encuentren nunca, o si lo encuentran ya no puedan identificarlo... Oh, Dios mío: ¡por favor, Tony, ayúdame!

—Maldita sea mi suerte. Hay millones de chicas rubias estupendas en el mundo, y voy a tropezar contigo... y con esto.

Se había puesto de nuevo en pie. Mary Lou volvió a rodearle el cuello con sus brazos y le besó desesperadamente.

—Tienes que ayudarme, tienes que ayudarme...

CAPÍTULO V

Lo subieron al yate entre los dos. El cadáver estaba completamente mojado, y Tony y Mary Lou no habían salido mucho mejor librados, tras el pequeño recorrido en patín a pedal.

Cuando lo dejaron sobre cubierta se miraron jadeantes los dos.

—Podríamos... navegar mar adentro y... tirarlo allí, Tony. Es un *gángster*, no merece mejor...

—Así quiero suponerlo para la tranquilidad de mi conciencia. No me gusta complicarme la vida con la policía, lo admito. Hago esto por ti, Mary Lou, pero también un poco por mí... De todos modos me consuela saber que este tipo no merecía otra cosa que unos balazos en las tripas. Espera, buscaré...

Se metió en los camarotes del yate y salió poco después con un anclote oxidado y un rollo de cuerda de nylon, muy fina, pero mucho más resistente al agua que cualquier otra. Amarró el anclote con ella; luego, con el extremo libre, ató fuertemente los pies de Merlín Rockers.

—Ve abajo —dijo—: será mejor que te cambies de ropa en seguida. Puedes ponerte un albornoz mío o lo que encuentres. Yo me encargo de esto.

—Quisiera... ayudarte.

—Ayudarme, ¿eh? —Gruñó Tony—. Bueno, hazlo yendo a quitarte esas ropas mojadas.

—Está bien...

Mary Lou descendió a los camarotes, y Leopard se dedicó a repasar rápidamente los nudos hechos en torno al anclote y a los tobillos de Merlín Rockers. Estaba tan absorto en ese trabajo que cuando volvió la cabeza hacia la borda que quedaba hacia la playa, el hombre ya estaba allí, con los pies recién sentados en la cubierta,

a menos de cuatro yardas de él.

—Quietecito —susurró fríamente el inesperado visitante—, o te lleno la cabeza de agujeritos, chico.

Tony Leopard se quedó completamente quieto, acuclillado junto al cadáver. Se había descuidado, eso era todo. Aquel hombre, posiblemente, era amigo del muerto, del mismo *gang*. Debía haber estado esperándolo en algún sitio, sin duda dentro ya de El Pajarraco, y al ver que tardaba, había ido hacia la casa. Los vio ya en el agua, esperó su oportunidad y se llegó al yate en otro patín...

Y estaba armado.

Leopard le oyó caminar cautelosamente hacia su espalda. Era poco probable que aquel hombre se decidiese a matarlo de buenas a primeras, de modo que esperó.

Nada. Un segundo. La pistola le tocó la nuca, sólo un instante.

El hombre dijo:

—Esto es una pistola, muchacho. ¿Correcto?

—Correcto —musitó Tony.

—Muy bien. Ahora despacito, póngase en pie..., pero sin volverse. ¿Correcto?

—Correcto.

Obedeció.

—Y ahora, joven, dígame: ¿quién ha liquidado a Merlín?

—No sé...

Un golpetazo en los riñones, propinado con la pistola, dejó inconclusa la incipiente mentira. Tony pareció ir a caer, pero una mano grandísima que evidenciaba una pavorosa fuerza muscular lo mantuvo en alto, sujetándolo por el cuello de la chaqueta del blanco y elegante *smoking*.

—Sí lo sabe, pequeño. Lo ha matado usted o Vera. Muy bien, ella está abajo ahora, y hasta que decida tomarla por mi cuenta, usted va a contestar mis preguntas: ¿dónde están las piedras?

—¿Las... las piedras? —La voz de Tony Leopard tembló ligeramente—. Mire, no sé quién es Vera, ni de qué me está hablando...

Otro golpe en los riñones volvió a quebrar su voz. Esta vez ninguna mano lo sostuvo y Leopard cayó de rodillas en la cubierta con un gemido de profundo dolor, de ausencia de aliento.

—Mira, muchacho, los tratos con esa pelirroja no van a traerte

buenos resultados, aunque hayáis liquidado a Merlín. Te trae más cuenta hacer tratos conmigo. ¿Correcto?

—Le juro que no sé...

Estaba apoyado de manos en la cubierta. Un enorme pie le aplastó la izquierda, con saña y, seguidamente, una rodilla le golpeó en un lado de la cara, derribándolo hacia la borda del otro lado.

La pistola quedó en seguida a menos de diez pulgadas de su rostro. El hombre se había arrodillado, sólo con una rodilla, delante de él.

—Compañero: quiero las piedras. Poco me importa que hayáis liquidado a Merlín. ¿Qué más da? Pero ese medio millón es demasiado dinero para un tipo que tiene un yate. ¿Correcto?

Tony Leonard estaba mirando fijamente a aquel hombre. Tenía la frente estrecha, quizá; pero los hombros eran de una anchura sorprendente, dada la estatura del hombre. Las manos eran enormes, y el pecho aún más enorme, ancho, fuerte... No parecía el hombre que se anda demasiado tiempo con rodeos ni con bromas.

Y llevaba todas las de ganar.

—Correcto —musitó Tony—. Le diré dónde están las piedras.

—Así me gusta, hijito.

La manaza izquierda del hombre le palpó el pecho y enseguida le asió por la chaqueta y lo puso en pie.

—¿Y tu pistola? —preguntó.

Leopard aspiró profundamente.

—No tengo pistola.

—¿De veras? Entonces, ¿cómo mataste a Merlín? ¿A escupitajos? Venga, vamos a buscar las piedras, chico. Y cuidado con lo...

El resto de la frase fue solo un gran soplo de aire, violentamente expulsado por el hombre cuando Tony Leopard le hundió el codo izquierdo en el estómago, con toda su fuerza.

Inmediatamente, sus dos manos se crisparon en la muñeca de la derecha de su adversario, manteniendo apartada la pistola hacia la borda. Reuniendo todas sus fuerzas de auténtico atleta, Leopard consiguió dominar con sus manos la derecha del otro, golpeándola contra la borda hasta que la pistola cayó al mar, sin importarle los zurdazos que estaba recibiendo en su costado, y que estaban acabando con su aliento.

Estaba la pistola cayendo todavía hacia el agua cuando Tony se

volvía, y soltando la mano derecha de su enemigo, le metía la punta de un codo en un ojo, le desollaba una espinilla de un puntapié hacia atrás y de una bofetada con la izquierda se lo quitaba de encima... de momento.

El tipo aquel solo retrocedió un par de pasos. Se quedó enseguida quieto, mirando a Leopard como asombrado, algo incrédulo también. Estaba tan fresco.

—Vaya —rugió sordamente—, de modo que sabes pelear, ¿no es cierto, pequeño? ¡Pues vamos a verlo!

Tony Leopard había mirado desesperadamente a sus lados, buscando algo más duro que sus puños. Sabía que era muy fuerte, y estaba claro que aquel hombre era más bajo que él, quizá siete u ocho pulgadas, pero conocía el tipo: aquel hombre era capaz de partirlo en dos si conseguía atraparlo a su gusto.

Lo vio venir, como un montón de músculos invencibles, tendidas las manos hacia delante. Tony se agarró con las dos manos a la borda, quedando pegado de espaldas a ésta; alzó los pies, y los disparó, juntos, contra el estómago de su enemigo, que recibió la doble patada justo donde había pretendido Tony. Retrocedió otros dos pasos, gruñendo y tocándose el estómago, pero eso fue todo.

De nuevo se dispuso a atacar.

El yate se mecía con más fuerza de la que podían imprimirle las olas, en absoluto picadas.

En la escalerilla de madera de los camarotes se oyeron pisadas leves.

Y una voz crispada:

—Tony, ¿qué ocurre ahí...?

El hombre se distrajo un instante y Tony saltó hacia la brecha, que le permitiría dejar de estar acorralado, buscando una posición mejor para defenderse..., para intentar defenderse a manos limpias de aquel monstruo de vigor.

Una mano le asió de la chaqueta cuando creía que ya había pasado la raya de peligro. Se le dio la vuelta de un tirón brutal y uno de los puños de aquel tipo se clavó en su estómago como si quisiera partirlo en dos.

Y faltó poco.

Muy poco.

Tony Leopard saltó hacia atrás como un pelele. Rebotó en la

cubierta casi desvanecido de dolor. Aquello no había sido un puñetazo: era talmente como si hubiese recibido una roca disparada por una catapulta.

Aspiró profundamente cuando vio el pie de su enemigo alzado por encima de él. Se apartó a tiempo de evitar que le aplastase la cabeza contra la cubierta, agarró aquel tobillo y tiró con todas sus fuerzas.

El hombre lanzó una exclamación, pareció querer efectuar un salto mortal de espaldas y cayó así sobre la cubierta.

Pareció rebotar.

Pero Tony era más ágil, y cuando el otro se puso en pie, él ya estaba en disposición de emplear sus puños. Alcanzó de lleno al tipo con un derechazo que debió partirle una ceja. Un zurdazo al hígado del otro comenzó a nivelar la fuerza que quedaba en los dos contendientes. Un derechazo en plena boca desolló los nudillos, de Tony, al clavarse en los dientes del otro.

En seguida se arrepintió de haber lanzado aquel derechazo que le había dejado al descubierto. Unos brazos que parecían troncos rodearon su pecho; las enormes manazas se juntaron en sus riñones, y apretaron contra éstos.

Tony se tensó cuanto pudo para resistir aquel intento de quebrarlo como si fuese un cigarrillo. Aguantó, quedando sin aliento, casi mareado...

—¡Tony, ya tengo la pistola...! ¡Apártate de él, apártate...!

A Tony Leopard le hubiese gustado poder reír aquel chiste. ¿Qué más hubiese querido él que poder apartarse de su enemigo? La barbilla de éste se clavó entonces en su plexo solar, como una pieza de acero, mientras las manos hacían presión hacia delante...

—¡Tony, apártate..., es muy peligroso, te va a matar...!

Leopard se imaginó a Mary Lou buscando la manera de meterle una bala en el cuerpo a su enemigo, y esta idea le gustó más. Si lograba quitárselo de encima...

Se dejó vencer hacia atrás; su cintura era tan flexible que se dobló lo bastante incluso para sorprender a quien quería partirlo en dos, y para que la barbilla dejase de clavarse en su pecho. Echó hacia atrás una mano y la lanzó luego hacia una de las orejas de aquella máquina de matar.

Luego la otra mano hacia la otra oreja. Inmediatamente, la

derecha se clavó en la garganta de su enemigo, apretó en el sitio justo... y quedó libre, cayendo de espaldas.

También rebotó.

El otro parecía a punto de caer, lo cual era un triunfo para él, ya que aquella presa, normalmente, bastaba para matar a un hombre. Pero aquello no era un hombre, era... era...

Un hachazo propinado con la mano derecha en la base del cuello pareció restarle más fuerzas al enemigo de Leopard. Éste agarró una de aquellas colosales manos, la retorció, se colocó bajo el sobaco del otro, hincó allí su hombro y tiró de la mano.

Su enemigo salió volando hacia el otro lado del yate. Cayó al lado de la borda, rebotó extrañamente y se puso en pie, pero ya tambaleándose...

Pop.

Siguiendo su movimiento de tambaleo, el hombre giró un par de veces, chocó de estómago contra la borda y el peso de su descomunal tórax venció al de las piernas.

Un chapoteo fuerte y...

Silencio.

Mary Lou corrió hacia Tony, todavía con la pistola en la mano. Tony estaba apoyado en la otra borda, agarrándose a ella con ambas manos, como un boxeador en su rincón.

—¡Tony!, ¿estás bien?

—¿Quién... quién... quién era ese... ese gorila?

—Ernest McTroy. Te hubiese matado sólo con sus manos si te llega a coger bien... ¿Estás bien, Tony?

—¡Qué demonios he de estar bien...! —jadeó Leopard; aspiró profundamente unas cuantas veces, alzando la cara hacia el cielo y ensanchando al máximo el pecho—. ¿Lo has matado?

—No lo sé. Ha caído al agua, pero no sé si...

—Vayamos a mirar.

Fueron hacia la otra borda y se asomaron. El mar se agitaba en su eterna indiferencia hacia lo que engulle.

—Lo has matado.

—Yo... yo sólo quería ayudarte...

—Oh, sí, ¿eh? Pues lo único que estás consiguiendo es meterme cada vez más dentro del lío. Ése debía ser otro amiguito de tu hermano, ¿no?

—Sí... Sí... También era del *gang*...

—¡Pues estamos listos, *baby*! Mira, conmigo no cuentas para estas cosas, ¿comprendes?

—¿Qué... qué estás diciendo, Tony?

—Está bien claro, amor: llamaré a la policía.

—¡No, Tony!

—No me gusta...

El albornoz de Tony, con el cual se cubría Mary Lou Estefaner, se abrió completamente. Mary Lou no había tenido tiempo de anudar el cordón..., ni de ponerse ninguna otra cosa antes del albornoz. La rubia captó la expresión del rostro de Tony, a la luz de los camarotes. Sonrió suavemente y alzó los brazos hacia el cuello de él, como olvidada de la pistola que empuñaba todavía...

—¿Qué es lo que no te gusta, Tony? —susurró, casi gimiendo.

—Emmm...

Mary Lou se estrechó contra él con fuerza.

—Tony... Tony, sólo te tengo a ti... Antes de esto, tú ya sabes que estaba dispuesta a... ¿Crees que ha llegado el momento en que te diga: te amo. Tony, te amo...?

—Mary Lou...

—Yo estaba dispuesta a darte lo que me pidieses antes de que ocurriese todo esto, Tony... ¿No vas a ayudarme ahora? Sólo tú puedes hacerlo... Oh, por favor, Tony, no avises a la policía...

Leopard pasó las manos a la cintura de la rubia.

Se aclaró la voz.

—¿Qué sugieres que hagamos? —susurró.

—Tú crees que estás en un buen lío —ella le besó en la barbilla—, ¿no es así?

—En un gran lío, ángel.

—¿No preferirías salir de él sin ninguna dificultad?

—Desde luego...

—Tony, escucha: vámonos mar adentro ahora. Tiramos allá el cadáver de Merlín y seguimos navegando.

—¿Y después...?

—Después..., lo que tú quieras, Tony...

—Mary Lou, el cadáver del gorila saldrá a la superficie más pronto o más tarde; quizá aparezca en mi propia playa... ¿Qué diré yo entonces?

—¿Por qué has de decir nada?

—No te entiendo...

—Podemos marcharnos los dos en tu yate. Que el cadáver lo descubran otros. Nos vamos lejos de aquí, hacemos un crucero... feliz, los dos solos... ¿Tienes provisiones en el yate?

—Claro. Siempre procuro...

—Escucha: podemos ir hacia México. Los dos solos, Tony... Una vez allá, yo puedo quedarme en... en la península de Yucatán por ejemplo. Es el punto más cercano a Miami.

—Son unas seiscientas millas, Mary Lou.

—Mejor —ella volvió a besarle—. Tony, me llevas allá. Habremos pasado dos o tres días juntos, solos, en tu yate... Luego regresas y si te preguntan, no sabes nada de nada. Dices que te fuiste de crucero con una chica, eso es todo. Podrás demostrarlo.

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Qué harías en México? ¿Por qué quieres quedarte allí?

—¡Tony, yo no quiero quedarme allí! —reprochó ella—. Lo que quiero es librarme de mi hermano. Si quieres, regresaré inmediatamente contigo. Si lo prefieres, espero allá y vuelvo cuando me llames... Y ojalá me llamas, Tony, cuando todo esto haya pasado. Ya nadie te molestará a ti, ni mi hermano me buscará más en Miami. Creerá que me he marchado de Estados Unidos. ¿Quieres hacerlo, Tony? ¿Quieres ayudarme? ¿Quieres...?

Le volvió a besar en los labios y él subió sus manos cintura arriba.

—Está bien... Nos iremos ahora mismo.

—Oh, no.

—¿Por qué no?

—Parecería que huyeses... Podemos navegar por los alrededores de Miami esta noche, Tony, y regresar a la mañana. Llamas a tu servidumbre y les dices que vengan a la quinta. Luego, delante de ellos, les adviertes que te vas de viaje unos días en el yate. Ellos ya comprenderán que no vas solo... Supongo que otras veces has llevado a alguna chica contigo.

—Bueno...

—Oh, no seas tonto, no te reprocho nada, Tony.

—Está bien... Lo primero que voy a hacer, es tirar a ese Merlín

Rockers al agua aquí mismo. Como está lastrado, no subirá nunca... Y hay una buena profundidad aquí.

—Como tú quieras, Tony... ¿Te ayudo?

—No. Ve abajo. Yo iré enseguida y...

—Te estaré... esperando, mi amor...

Mary Lou Estefaner regresó a los camarotes, sonriendo triunfalmente.

Tony Leopard arrastró el cadáver de Merlín Rockers hasta la borda opuesta a la playa, lo levantó, lo dejó doblado sobre la borda y luego pasó el anclote, que quedó colgado ya hacia el agua. Entonces levantó los pies de Merlín Rockers y...

Un chapoteo.

Eso fue todo.

Tony Leopard miró hacia los camarotes, sonrió y fue hacia allí.

Bueno... Mary Lou le estaba esperando.

CAPÍTULO VI

Eran más de las tres de la mañana cuando Willy Ferragut despertó debido a la llamada a la puerta de su habitación. Frunció el ceño, creyó que lo había soñado y se dispuso a dormir de nuevo en el momento en que la llamada volvía a oírse.

Saltó de la cama, levantó el colchón por la parte de abajo, la almohada y cogió la pistola.

Fue hacia la puerta.

—¿Quién es? —musitó.

—Abre, Willy: soy Ernest...

Ferragut abrió inmediatamente y McTroy entró, tambaleante, en la habitación. Se dejó caer en la cama, mirando a su compinche, que a su vez, lo miraba alarmado.

—¿Qué te ha ocurrido?

McTroy tenía abierta una ceja, partido un labio y manchado de sangre el hombro izquierdo. Estaba hecho una lástima.

—Llama a Lyman: que venga en seguida.

Ferragut se mordió los labios.

—Merlín, ¿no es eso? —señaló la herida furioso.

—No... No es exactamente lo que estás pensando. Llama a Lyman. Y mientras él viene, a ver si puedes vendarme esta herida.

—Está bien.

Willy Ferragut fue al teléfono y efectuó la llamada. Colgó y regresó junto a la cama. McTroy estaba muy mojado además.

—Esto puede traernos complicaciones, Ernest, si la policía viniese a buscarnos. ¿Cómo explicarías lo de esa herida?

—¡No lo sé! —Gruñó McTroy—. Todo lo que me interesa ahora es que me vendas este hombro. Y no te preocupes: si me parece que os puedo comprometer, me largaré lejos de aquí. Si la policía os

encuentra y os interroga, con decir que no sabéis nada de mí, todo listo.

—De acuerdo. Levántate, tengo que quitarte la chaqueta y la camisa... ¿Puedes mover el brazo?

—Sí. No es nada importante, pero resulta molesto. La bala salió, de modo que sólo hay que desinfectar y vendar... Aunque ya se habrá desinfectado con el agua del mar.

—¿Caíste al mar?

—Vera me tiró a él de un balazo.

—¿También fue Vera quien te partió la ceja y la boca, Ernest?

—No... Fue un muñequito que estaba con ella.

Willy Ferragut miró irónicamente a McTroy.

—Un muñequito, ¿eh? Pues te ha zumbado de firme.

—Pegaba bien... Sabía pelear, sí... Pero si Vera no me hubiese disparado...

Ferragut encogió los hombros. Fue al armario y sacó una botella de *whisky*, que serviría para desinfectar en lo posible la herida de McTroy. Luego desmenuzó una de sus camisas en cuadrados como de diez pulgadas y convirtió en tiras una sábana...

* * *

Lyman Colloway llegó cuando estaba terminando el vendaje. Ferragut le abrió y Colloway se quedó mirando a McTroy desde el umbral.

—¿Qué ha pasado?

—Pasa —gruñó McTroy—. Y tú, Willy, cierra ya.

Colloway se plantó delante de McTroy.

—Vaya... Parece que te han atizado de firme, Ernest.

—No son horas de bromas —farfulló McTroy, bebiendo del resto del *whisky*—. Nos hemos quedado sin las piedras..., supongo.

Colloway y Ferragut se miraron muy serios.

—Ahora eres tú el que está bromeando, Ernest.

—¿Eso creéis? Bueno, allá vosotros. Ya os lo venía diciendo: algo me olía mal de la chica de Merlín, de esa pelirroja... Me metió un balazo, ¿no es cierto?

—Tú sabrás si es cierto, Ernest —musitó Colloway—. ¿Por qué no empiezas por el principio?

—Mira, cuando llamaron por teléfono en el apartamento de Merlín, algo no me gustó...

—A mí tampoco —admitió Ferragut.

—Sí, bueno, pero tú no seguiste a Merlín y yo sí, Willy.

—¿Adónde fue?

—A una quinta llamada El Pajarraco, en el 5774 de Alton Road. Cuando nos separamos al salir del apartamento de él, yo regresé y esperé cerca de su apartamento. Me parecía que alguien podría visitarlo, y quería saber quién era. No le visitaron, sino que salió él. Se metió en el coche que tenemos alquilado y se fue a esa maldita quinta... Le vi saltar la verja y me dije que quizá fuese mejor esperar un rato. Luego me impacienté, salté yo también y fui hacia la casa. Cuando llegaba allí, vi a un tipo y a una mujer que subían algo a un patín y se largaban hacia un yate que estaba anclado allá delante. Esperé un poco, me metí en otro patín y fui también hacia allá. Subí al yate y me peleé con un tipo vestido de *smoking* muy alto y fuerte, maldito sea...

—Te zumbó —apuntó Ferragut.

—Cierra el pico, Willy —gruñó Colloway—. ¿Qué más pasó, Ernest?

—Aquel tipo y yo peleamos. Merlín estaba allá, muerto, y tenía un ancla pequeña atada a los pies. Lo iban a tirar al agua. Yo le pregunté cosas a aquel tipo del *smoking*, pero se hizo muy bien el tonto. Le tuve que pegar un poco. Me confié y me tiró la pistola al agua. Entonces peleamos. Y en medio de la pelea apareció Vera, de parte del otro, me metió una bala aquí y caí al agua.

—¿Y no quisieron rematarte? Pudieron haberlo hecho, ¿no?

—¿Ah, sí? Bueno, yo no soy ningún estúpido, de modo que me largué de allá por debajo del agua como pude. Estaba desarmado y si hubiese asomado la nariz, Vera me la habría abrasado. Aquel tipo no tenía ningún arma encima cuando le registré, pero no podía fiarme de eso, porque...

—¿Y las piedras?

—¡No lo sé!

—¿Qué hacía Vera allí? Tenía que estar en Nassau ahora, ¿no?

—Ya os dije que no me fiaba de ella. Y os diré algo más: Merlín sí se fiaba de ella, ¿no es cierto?

—Sí.

—Bueno: pues él, ahora, está muerto. Vera y el tipo del *smoking* deben tener las piedras, eso está claro. Y seguro que las colocarán en algún sitio. Tienen un yate, se largarán de aquí tranquilamente en cuanto quieran. Nadie va a molestarlos a ellos, pues a quienes buscaban la policía y el FBI eran a ese Wallace North o a nosotros, ¿no?

Lyman Colloway comenzó a maldecir, y McTroy le secundó con auténtico entusiasmo.

Willy Ferragut, más joven pero más templado y, sin duda, más inteligente, cortó la sarta de barbaridades con un gesto.

—No hay que considerar perdido el asunto todavía —musitó—. Quizá podamos vernos las caras con ese tipo del *smoking*... ¿Sabes cómo se llama?

—Vera lo llamó Tony. Sólo eso.

—Hum... —Ferragut se acarició la barbilla—. ¿Has dicho que esa quinta está en el 5774 de Alton Road?

—Correcto.

Ferragut buscó en el listín la dirección indicada.

—Leopard, Anthony —susurró—. Tony Leopard. Ése es nuestro hombre. Sin embargo... ¿Qué tal es el sitio, Ernest?

—Una quinta de esas de millonario.

—Asombroso. Si ese Leopard es el propietario, debe tener mucho dinero. Y entonces..., ¿qué hace metido en una bagatela?

—¡Una bagatela! —exclamó Colloway—. ¡Llamar bagatela a un asunto de medio millón de dólares!

—No es una bagatela, pero sí debe serlo para ese Leopard. No creo que conseguir ilegalmente ese medio millón de dólares le compense del riesgo que supone todo el asunto. Claro que —se quedó pensativo unos segundos; luego, de pronto, comenzó a reír—. ¡Claro! Ésa... le está engañando.

—¿Vera está engañando a Leopard?

—¿Qué otra cosa? Es muy bonita, ¿no? Él se debe creer un dominador de mujeres... y ella lo está utilizando.

McTroy y Colloway se miraron.

Colloway musitó:

—Puede que ese Leopard sea un tipo como nosotros, Willy, y que también esté metido en estas cosas.

—Pega muy duro —recordó hoscamente McTroy—. Y sabe

pelear. No me pareció un novato, Willy.

—Esos tipos dedican más tiempo al deporte que tú a dormir, Ernest —indicó Ferragut—. ¿Cómo es Leopard?

—Alto y fuerte. ¡Maldito sea, muy fuerte!

—Pero unas cuantas balas acabarían con él —sugirió Colloway—. ¿Vamos a buscarlo, Willy?

—¿A buscarlo? ¿Adónde, Lyman?

—¿Has olvidado que tienen un yate? El diablo sabe dónde pueden estar ahora.

Ernest McTroy gruñó, desalentado:

—Se han largado con las piedras...

—Es posible —admitió Ferragut—. Pero algo tenemos que hacer, ¿no es así? Bueno, esto hay que pensarlo detenidamente...

CAPÍTULO VII

Hacia las nueve de la mañana, el yate de Tony Leopard echaba el ancla en la playa privada del Robert Richter Hotel, a menos de cien yardas de la costa, y Tony bajaba seguidamente al mar la pequeña canoa biplaza para desplazamientos rápidos o a lugares de escaso fondo.

Ayudó a Mary Lou a descender a la canoa automóvil, le dio un besito en los labios y sonrió.

—Espero que no me traigas un muerto en la maleta.

Ella rió y le devolvió el beso.

—¡Quién sabe!

—Me parece una tontería eso de recoger tus cosas...

—Oh, Tony, ya hemos discutido eso. No se trata de las cosas corrientes, pero tengo en esa maleta recuerdos que no quiero abandonar. Es casi lo único que contiene: cosas de... de tiempos mejores, más honrados, más felices...

—Está bien. —Tony le acarició un hombro—, no te pongas sentimental. Ya vamos a buscar esas cosas, ¿no?

—Gracias, Tony. Eres... y has sido... muy bueno conmigo.

—Y tú conmigo, Mary Lou. Yo... creo que no deberías quedarte en México. Quiero decir que... Bien, si tú estás dispuesta a volver cuando yo te llame, dentro de un tiempo prudencial...

—Tony. —Mary Lou cerró los ojos, le temblaron los labios—: yo estaré esperando con toda mi alma esa llamada...

Leopard contuvo el temblor de aquellos hermosos labios por el simple procedimiento de besarlos.

—Te llamaré en cuanto lo crea prudente, Mary Lou, te lo juro. Y ahora, vamos a por ese querido montón de cosas.

La motora se deslizó hacia el pequeño embarcadero situado en

un extremo de la playa privada del hotel. Había allí, meciéndose en las olas, embarcaciones pequeñas de todo tipo: *snipes*, patines, balandros, canoas... En la playa había parasoles imitando picudas cabañas africanas, por entre las palmeras. En la palanca más alta de la piscina, un hombre que se tomaba a broma noviembre estaba listo para saltar al agua. No era el único que se bañaba. Miami, pensó Mary Lou, no era precisamente Nueva York. Sentía tener que marcharse de allí, pero... Bueno, quizá no tardando mucho pudiese volver. Oh, pero no para caer en los brazos de Tony Leopard, no...

¡Pobre Tony!

¿Dónde estaría él cuando ella decidiese regresar a Miami? Era una lástima tener que hacerlo, pero...

Llegaron al embarcadero, y Tony saltó a él, tendiendo en seguida una mano a la rubia magnífica. Pero cuando se disponía a ir con ella hacia el hotel, Mary Lou, adujo:

—No es necesario que vengas, Tony. Puedes esperarme aquí: no te aburrirás tanto.

—Contigo tampoco me aburo —sonrió él—. Pero está bien, estaré esperándote aquí. No tardes. Estoy impaciente por empezar nuestro crucero.

Ella le dio un besito.

—No tardaré.

Se alejó del embarcadero, con su pasito gracioso y rápido, lleno de auténtico y simpático movimiento imán, que ni siquiera la arena podía estropear.

Cruzó la playa, pasó por entre las dos piscinas, cruzó la terraza... Había ya gente tomando el sol, no mucha. La piscina de agua dulce parecía tener más aceptación que la de agua salada a aquella hora un tanto fría de la mañana...

Lo primero que vio al detenerse ante el mostrador de conserjería fue el paquete que estaba esperando en el casillero de la habitación ochocientos catorce: la suya. Su paquete.

Quinientos mil dólares.

Claro que aunque sólo le diesen el sesenta por ciento... Con trescientos mil dólares podía...

Dejó de pensar cuando ante sus ojos apareció la sonriente faz del conserje.

—Soy Mary Lou Estefaner —sonrió también ella—. Llegué

anoche, pero tenía reservada mi *suite*, desde dos días antes. Pensaba quedarme unos días en el hotel, pero he encontrado unos amigos... ¿Quiere prepararme la cuenta, por favor?

—Con mucho gusto, señorita Estefaner.

—Gracias. Esto..., voy a subir ahora a mi *suite* a recoger mis cosas y guardarlas en la maleta. ¿Estará lista la cuenta?

—Desde luego.

Se metió en el ascensor, subió, recogió las cosas que habían quedado sobre la cama, se aseguró de que no se dejaba nada, cerró la maleta y sonrió.

—El bolso —dijo en voz alta—. Me dejé el bolso en la casa de Tony... ¿Cómo puedo ser tan inteligente?

Salió de la *suite*, tomó de nuevo el ascensor y regresó a conserjería. Pagó la cuenta, añadiéndole una propina que hizo sonreír al conserje y dijo:

—Tengo que salir ahora con un amigo a cierto asunto. ¿Querrán llevar mi maleta a un yate que hay en la playa? No hay otro ahora, de modo que no pueden confundirse.

—Tenemos ese servicio, señorita Estefaner —continuaba sonriendo el hombre— un botones le llevará su maleta al yate en la lancha del hotel.

—Dejé abierta la entrada a los camarotes. Dejen la maleta en cualquiera de ellos. Oh, y ese paquete... Sí, el ochocientos catorce. Ése.

El conserje lo miró. Allá, bien claro, estaba el nombre de Mary Lou Estefaner, y la dirección del hotel.

—Lo llevaremos con la maleta, señorita.

—Gracias. Ah..., una cosa. Bueno, ocurre que ese paquete es una sorpresa para un amigo. No quisiera que él lo viese. Vamos a ver... Dentro de unos minutos voy a pasar con él por aquí. Entonces, sin que él lo vea, lo llevan al yate, con la maleta.

—Muy bien...

—Lo... pueden esconder en cualquier sitio. Eso es: debajo de la litera del camarote donde dejen la maleta. Sobre todo que él no lo vea.

—Esté tranquila: podrá dar la sorpresa a su amigo, señorita.

—Estupendo. —Mary Lou sonrió angelicalmente—: dele esto al muchacho que se tome tantas molestias por mí.

El hombre ni siquiera pestañeó al ver el billete de veinte dólares; lo tomó, sonrió una vez más y se quedó con la boca abierta cuando Mary Lou regresó hacia la playa.

Un encanto de criatura, sí, señor.

Sí, señor.

Para cuando llegaba junto a Tony Leopard, Mary Lou ya había conseguido la más consternada y preocupada de sus expresiones. Antes de que él tuviese tiempo de preguntar nada, una de sus manitas de uñas bien manicuradas apretó su brazo.

—Tony: mi bolso.

—¿Tu bolso?

—Oh, Dios mío, ¡lo dejé en tu casa, en el *living*!

—Bueno, no creo que un bolso sea tan importante...

—¡Sí lo es! ¿Telefoneaste a tus criados que ocupasen la casa?

—Ya sabes que no he tenido tiempo —sonrió él—. Pensaba hacerlo desde el yate, cuando ya nos alejásemos de aquí...

—¡Menos mal! —suspiró ella—. Vamos a buscarlo ahora mismo.

—Pero, Mary Lou...

—Si tus criados encuentran el bolso, lo retendrán allá. Y cuando aparezcan los cadáveres, o el de McTroy solamente y llegue la policía, quizá se lo den a ellos... Tengo allá mis documentos, sabrán quién soy, la policía se entera de todo...

—Maldita sea... Está bien, iremos a buscarlo.

—Podemos ir en un taxi. Es más rápido. Luego volvemos aquí, subimos al yate y nos vamos. No nos llevará más de una hora.

—Cierto... De acuerdo, vamos allá. No creo que importe demasiado una hora más o menos.

Caminaron por donde antes lo hiciera sola Mary Lou, entraron en el hotel. Cuando cruzaban el vestíbulo que daba a Collins Avenue, Mary Lou captó la mirada del conserje y miró hacia donde indicaba discretamente tal mirada. Al mismo tiempo, el conserje hacia una seña, y un botones salía rumbo al yate, cargado con la maleta y con el paquete que contenía un montón de piedras preciosas y los famosos Estrella de la India, Estrella de los Rubíes y el Gran Luna Azul.

Subieron a un taxi y Tony dio la dirección de su quinta. Casi inmediatamente, apenas puesto en marcha el vehículo, se volvió hacia la rubia espléndida.

—Eh, ¿y tu maleta?

—Encargué que la llevaran al yate mientras tanto.

—Oh, bien...

Llegaron a la quinta en veinte minutos. Mary Lou se iba a apear, pero Tony la retuvo de un brazo.

—Mejor que te quedes aquí. Yo sólo iré más de prisa, y además, no es necesario que te molestes, Mary Lou.

—Como quieras.

Leopard fue a las verjas, abrió y entró en la quinta. Recorrió rápidamente el amplio camino de tierra roja, bordeado de mimosas, pinos, palmeras, flores... Llegó a la casa, pero no entró por la puerta principal, sino que la rodeó, yendo hacia la terraza posterior. Saltó la baranda roja, cayó en la terraza y entró en el *living*.

Se fue al teléfono, descolgó el auricular mirando el sofá, donde se veía el bolso de Mary Lou, y luego efectuó la llamada.

Recibió respuesta:

—¿...?

—¿Gordon? —preguntó Leopard—. ¿Qué demonios os estáis creyendo, si se puede saber?

—¿...?

—¿Qué pasa? —Gruñó—. Bueno, es fácil: me gusta ver el pelo a mi gente, ¿de acuerdo? Tengo el yate en la playa del Robert Richter y me voy a largar dentro de media hora...

—¿...?

—No, no: ahora estoy en mi casa, y para cuando vuelva quiero que esté...

Se calló bruscamente. Mientras por el teléfono se oía la voz de un hombre llamándole, Tony Leonard estaba mirando fijamente a los tres tipos que habían aparecido en el *living*, dos de ellos con sendas pistolas y el otro desarmado. El gorila: aquél era el gorila de la noche pasada...

La voz continuaba llamando con insistencia. Uno de los dos que empuñaban pistola, hizo un gesto y Tony obedeció, colgando el auricular.

—¿Tony Leopard? —sonrió el tipo de la seña.

—Eee... Sí, soy yo. ¿Y ustedes...?

—¿A quién llamaba?

—A mi mayordomo.

—Ooooh..., ¡qué bonito! ¿No es bonito esto, muchachos?

Ernest McTroy se adelantó belicosamente.

—Le voy a partir la cara a pedazos más pequeños que mis uñas.

—Espera —recomendó apaciblemente Willy Ferragut— antes nos dirá dónde está Vera... ¿Verdad que nos lo dirá, señor Leopard?

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí?

—Somos amigos de Merlín Rockers, usted ya habrá comprendido eso al ver a Ernest... Creo que anoche tuvo una pelea con él. ¿Lo recuerda?

—Lo recuerdo. Ese tipo es un gorila.

—Oh, vamos, vamos, señor Leopard...

—Un gorila. Parece algo educado y no viste mal, ni es demasiado feo... Pero es un gorila.

—No vamos a discutir eso ahora, señor Leopard. ¿Realmente es usted dueño de esto?

—Ajá.

—¿Es millonario?

—Por lo menos, vivo como un millonario.

—Eso es muy agradable. También a nosotros nos gustaría vivir bien... Y nos conformamos con menos. Veamos: unas cuantas piedras, vendidas a quien puede transformarlas y colocarlas a buen precio, nos pueden representar como... digamos trescientos mil dólares. Ya ve que no somos demasiado ambiciosos: sólo queremos cien mil dólares cada uno.

—¿Es un atraco? —sonrió Tony—. ¿Y creen que tengo aquí esa cantidad?

—No se haga el tonto: Mire, usted nos da las piedras y todo acabará bien. Sólo queremos eso... y saber qué ocurrió con Merlín Rockers. ¿Quién lo mató: usted o Vera?

—Mire, amigo, si quieren trescientos mil dólares, lo dicen y en paz Pero no me fastidien. No sé qué piedras están ustedes buscando, ni sé quién demonios pueda ser esa Vera...

La voz de Mary Lou Estefaner se dejó oír, de pronto, por detrás de Colloway, McTroy y Ferragut:

—¿Estás en un apuro, amor?

CAPÍTULO VIII

Willy Ferragut fue el hombre más rápido de la reunión.

Lástima que también había una mujer.

Ferragut se revolvió hacia allá velozmente, moviendo la pistola de modo que pudiese disparar inmediatamente contra la rubia teñida.

Mary Lou Estefaner fue, no sólo más rápida, sino evidentemente lista al comprender desde el primer instante cuál iba a ser su más peligroso enemigo. Disparó cuando Ferragut todavía se estaba volviendo; y todo, Ferragut y la bala, fue tan rápido, que el impecable *gángster* recibió el balazo en el centro del corazón, justo en el momento en que quedaba encarado a Mary Lou.

Cayó de rodillas, como fulminado.

Y todavía su cara no se había estrellado contra el suelo, cuando ya Mary Lou había vuelto a disparar, esta vez contra Colloway, siempre luchando con inteligencia, puesto que McTroy no tenía pistola.

Pareció que Colloway iba a poder disparar a pesar de haber recibido la bala en el centro del pecho. Pero no.

No.

Quedó de pie, con la mano derecha colgando inerte a su costado. Los ojos de Colloway quedaron fijos en Mary Lou, muy abiertos. De pronto, pareció que una mancha gris apareciese en sus pupilas, la pistola cayó al suelo y él fue tras ella, cayendo como un palo, tieso...

Naturalmente, McTroy no había quedado inactivo.

Había pretendido saltar hacia Mary Lou, pero Tony Leopard decidió que si había estado a punto de vencer una vez a aquel gorila, todo estaba completamente a su favor ahora que el gorila

estaba herido, de eso no cabía duda.

Lo primero que hizo fue ponerle la zancadilla a McTroy, que pareció rebotar en el pie como si hubiese sido solidísimo muro. Saltó, dio la vuelta de lado, cayó de pecho al suelo y resbaló por el brillante suelo del *living* no menos de tres yardas. Para cuando empezaba a incorporarse, pálido y no poco aturdido, debido al dolor de la herida, Tony Leopard ya estaba a su lado, impecable, con una dura sonrisa en sus ojos color pimienta.

—Vamos a pelear, gorila...

Le atizó un puntapié en las mandíbulas que revolcó a McTroy. Y todavía estaba rodando el *gángster* cuando otro puntapié, en la mismísima boca del estómago, dejó la pelea definitivamente nivelada a favor de Leopard.

Éste agarró a McTroy por las solapas y alzó las casi doscientas cincuenta libras de peso del gorila con rabia inaudita.

—¡Animo, gorila! —siseó, jadeando—; esto es una pelea en serio, amiguito...

Lo era.

McTroy consiguió conectarle el puño en el estómago, y Leopard se acordó al instante de la noche anterior, cuando tuvo la sensación de que le habían encajado un pedrusco disparado por una catapulta.

Salió volando hacia atrás, vació su estómago y sus pulmones de aire. Si algo había cierto en el mundo era que Ernest McTroy era el tipo más fuerte que Tony Leopard se había encontrado en su vida.

Rebotó en el sofá, vio a Mary Lou a punto de disparar contra McTroy y gruñó:

—¡No, Mary Lou! No dispaes ahora...

Se puso en pie cuando McTroy, pálido y notablemente debilitado, cargaba contra él. Fue como el choque de una locomotora con un guijarro: el guijarro saltó por un lado y la locomotora, sin enterarse, siguió hacia el sofá, cayó sobre él, lo rebasó dando una vuelta y cayó de espaldas al otro lado, aparatosamente, ruidosamente.

Un punterazo a los ya partidos labios, hizo comprender a McTroy que no convenía jugar a trenes. Otro punterazo en el pecho lo revolcó de nuevo hacia un rincón. Al tercer punterazo y destruyendo la palabra «imposible», el gorila cogió al vuelo el pie de Leopard, tiró de él y el millonario dio con la espalda en el suelo.

Y con la cabeza. Un «booom» sordo, resonante, lo dejó poco menos que fuera de combate cuando su cabeza chocó contra el suelo. Un patadón en el estómago casi lo aniquiló. Para el otro patadón, y a pesar de que ante sus ojos parecía haber solamente nubes de locos colores, Tony Leopard había rodado ya hacia un lado y en el momento en que el duro pie de McTroy resonaba contra el suelo, él se ponía en pie.

McTroy se enteró de un modo desagradable de que Leopard continuaba en la brecha: recibiendo una doble patada en los riñones, pues Leopard se había lanzado contra él, con los pies por delante. Lo tiró contra la pared, arrastró un alto tiesto de flores artificiales muy bonitas y cuando rebotó «parecía» que la pelea estaba tocando a su fin.

Leopard le reventó la nariz de un rodillazo, lo recogió al nuevo rebote contra la pared y le dejó el estómago hecho polvo con un «uno... dos... tres... cuatro». Le pasó el brazo por la nuca, se lo cargó en los hombros y lo tiró por delante, como una flecha, hacia el sofá de nuevo. McTroy cayó limpiamente en el mueble, rebotó en los muelles del asiento y cayó al suelo completamente desarticulado.

Un nuevo agarrón por las solapas, dos tortas a la cara, dos cortos al estómago, un directo al hombro herido y un perfectísimo gancho a la barbilla, fueron el castigo final: Ernest McTroy cayó hacia atrás como un saco...

Y Tony Leopard se dejó caer en el sofá como si fuese otro saco.

—¡Mi madre! —jadeó—. ¡Este tipo tendría que estar en un zoológico, detrás de unos barrotes de tres pulgadas de diámetro...!

Se quedó sin aliento, ya del todo y con los ojos casi fuera de las órbitas, cuando vio a McTroy incorporándose; muy flojamente, pero dando a entender con toda claridad que la pelea no había terminado.

—¡Oh, no...! —gimió Tony.

Pop.

Pop.

Ernest McTroy se llevó las manos al colosal pecho. Bajó la cabeza, se miró la sangre en que acababa de manchar sus manos y dirigió su ya opaca mirada hacia Mary Lou, que todavía tenía la mano derecha extendida, con la pistola en ella.

—¡Asque... rosa... fu... la...!

Se derrumbó. No cayó, ni resbaló, ni nada de nada: se derrumbó. Fue como la caída de algo gordo, ruidoso, sólido. Quedó de cara al suelo, retorcido, lamentablemente antiestético.

Leopard, que había comenzado a incorporarse, se dejó caer de nuevo en el sofá.

—No has debido matarlo, Mary Lou... Estaba listo...

Ella corrió a su lado, se arrodilló ante él, le cogió una mano.

—Tony, ¿estás bien?

—No has debido matarlo...

—¡No quería que te pegase más! ¡Lo mismo él que los otros dos, sólo merecían la muerte! Están muertos, ¿no es así? ¡Pues bien está la cosa!

—Muy bien, muy bien, cálmate... Y dime qué es lo que vamos a hacer ahora..., si es que se te ocurre algo, amor.

—Nos vamos de aquí, Tony.

—¡Oh, sí! ¿Adónde? ¿A la guillotina?

—¿Por qué dices eso? —gimió la rubia—. Tony, tenemos que marcharnos de aquí en seguida, ¿no lo comprendes?

—Comprendo que cuando vengan mis criados se van a encontrar con un trabajo extra al cual no están acostumbrados... Ninguno de ellos trabajó nunca como enterrador, que yo sepa.

—¡Los quitaremos de aquí!

—Buena idea —movió Tony un dedo—: los pondremos en mi armario, con naftalina. Así, cuando yo vuelva, los podré ver tan guapos como ahora. Sí, señor: una buena idea.

—¡Tony, vámonos!

Leopard se levantó, se inclinó sobre Willy Ferragut y le tomó la muñeca. Estuvo así unos segundos y dijo:

—Este tipo está muerto, cariño.

Fue hacia Lyman Colloway, le tomó también el pulso y, asimismo, comentó:

—Cariño, este tipo está muerto.

Se arrodilló junto a Ernest McTroy y le tocó con un dedo.

—Eh, tú, ¿ya no más peleas? Muy bien, hombre —le cogió la muñeca, igual que a los otros, y esperó unos segundos; se volvió hacia Mary Lou—. Cariño, este tipo está muerto.

—¡Lo sé, lo sé...! ¡Vámonos de aquí ahora, Tony! Podremos ir a

buscar tu yate, venimos aquí, los subimos al yate y los tiramos al mar cuando nos parezca conveniente... En un lugar donde haya tiburones: jamás encontrarán sus cuerpos así.

Tony Leopard contuvo un estremecimiento. Encendió un cigarrillo, miró a la estupenda rubia teñida y musitó:

—Eres un encanto de criatura, Mary Lou. Pero, a estas alturas, creo que ya no puedo retroceder. Muy bien: regresemos al taxi, vayamos a buscar el yate, volvemos aquí, cargamos estos cadáveres en mi yate de «placer» y luego..., ¡hala, a los tiburones!

Ella se acercó de nuevo a él y se le abrazó con fuerza.

—Tony, Tony..., ¡tienes que comprender!

—Comprendido. Bueno, no perdamos más tiempo. Llamé a mi servidumbre y si no nos damos prisa, los vamos a tener aquí antes de que limpiemos la quinta de porquerías... ¿Todos estos tipos eran *gangsters* de la pandilla de tu hermano?

—¡Sí, Tony!

—*Okay*, entonces bien muertos están —movió la mano en el aire, marcando una cruz—. *Requiescat in pace*, amigos.

Tiró el bolso de Mary a las manos de ésta y los dos salieron de allí a toda prisa.

* * *

—Iré abajo a ver si han traído tu equipaje, Mary Lou.

—Oh, claro que lo habrán traído...

—Iré a verlo. Y en seguida nos vamos hacia mi playa. Ya veremos cuánto de fácil va a resultarnos cargar tres cadáveres en el yate. Demonios, eres una criatura angelical, ¿eh?

—Tony, tú sabes muy bien...

—Oh, sé que no has tenido más remedio que darle al gatillo, mi amor. Pero ¡caramba...!

Se fue hacia los camarotes, descendiendo rápidamente. Mary Lou se dedicó a mirar el tablero de mandos del yate, con auténtico interés.

De pronto, oyó ruido abajo. Ruidos fuertes, golpes... Se lanzó hacia la escalera, pero apenas había puesto el pie en el primer peldaño, vio inmediatamente debajo de él a Tony Leopard, peleando contra un hombre que también sabía dar sus buenos

golpes.

Apercibió la pistola, pero en aquel momento la situación de los contendientes cambió y fue la espalda de Tony la que quedó al alcance de sus disparos. Y... no. Todavía no.

Vio a Tony desaparecer pasillo adentro y reaparecer bajo una tanda de golpes que no debían ser cosquillas precisamente. De nuevo los dos desaparecieron hacia dentro cuando Leopard pasó al contraataque... Oyó más golpes, jadeos, unas exclamaciones de dolor, suspiros de aire súbitamente libertado... Un peso al caer al suelo.

—¡Tony! —llamó.

Oyó las pisadas en el pasillo, los suspiros de furia y dolor. El rostro de Tony Leopard apareció abajo, ladeado, sangrando por la comisura izquierda de la boca.

—¿Por qué gritas tanto? —Gruñó—. Baja.

Mary Lou corrió escaleras abajo. En el fondo del pasillo había un hombre, tendido de lado, sin conocimiento.

Fueron hacia allá y Tony lo volvió boca arriba.

—¿Lo conoces? —Gruñó—. ¿Es otro amiguito de tu hermano?

—No... No lo conozco, Tony.

—¿No? ¡Vaya, esto sí que es extraordinario, mi amor!

Del bolsillo de la chaqueta del desconocido, sobresalía un periódico doblado. Tony lo cogió.

—Es de esta mañana —dijo—. He aquí un hombre... ¡Demonios!

Había desplegado a medias el diario. Y vio el pequeño suelto, como escrito a desgana:

«Houston (Texas), 4 noviembre. —La policía ha comprobado ya la coartada de Wallace North. Se han retirado las acusaciones contra éste y de nuevo se piensa seguir la pista inicial, esto es, la de los cuatro hombres. Se teme que, en estos momentos, las piedras preciosas puedan estar ya en manos de talladores sin escrúpulos que estropeen, cuanto menos, el Gran Luna Azul, el Estrella de la India y el Estrella de los Rubíes. Un diamante el primero, un zafiro el segundo y un rubí el tercero, de los más famosos del mundo. Por sí solos y vendidos a un

coleccionista secreto, podrían proporcionar ya los quinientos mil dólares en que se ha tasado el lote robado la semana pasada en el Museo de Historia Natural de Nueva York. El FBI y la policía reanudan sus investigaciones en torno...».

Tony Leopard tiró el periódico a un lado y se quedó mirando fijamente a Mary Lou Estefaner, tras leer en voz alta la noticia.

—Vaya... Se trata de un robo de medio millón de dólares en piedras preciosas en el Museo de Historia Natural de Nueva York...

—Tony...

—Espera. Aquellos tres tipos me dijeron algo de piedras y medio millón de dólares...

—Tony, por favor...

—¡Cállate!

Leopard registró al hombre caído en el pasillo de las recámaras. Le sacó la cartera de un bolsillo, la abrió, miró en su interior... Sin decir palabra, colocó la cartera ante los ojos de Mary Lou, de modo que ella pudiera ver la tarjeta de identidad que había en el primer compartimiento transparente.

—¿Puedes leer esto, Mary Lou?

Ella lo leyó. Lo miró, más bien, porque en cuanto hubo visto las palabras «Federal Bureau of Investigation» y las iniciales FBI, se mordió los labios, palideció y regresó su mirada a Tony Leopard.

—Es..., es un agente del... FBI...

—¿Lo dices en serio? —ironizó Tony.

—Marchémonos de aquí...

—¿Y qué hacemos con este tipo? —preguntó Tony—. ¡Y ni hablar de matarlo! ¡Ya has matado bastante en menos de veinticuatro horas, encanto!

—Si nos ha descubierto... Tony, marchémonos ahora, en seguida. Si han venido aquí, puede que estén también en tu quinta en estos momentos...

—Pues habrán encontrado con qué entretenerse, ¿no crees?

—Vámonos de aquí, Tony...

—¡Y dale! ¿Qué tal si antes me explicas algo de todo este asunto, Mary Lou? No sé por qué, pero me huelo que me has estado engañando...

Ella inclinó la cabeza.

—Es cierto... Tony, es cierto, pero yo no sabía hasta dónde podía confiar en ti.

—Pues podías haber confiado en mí tanto como yo en ti, ¿no te parece?

—Sí..., tienes razón. Oh, Tony, perdóname, pero yo..., yo estaba muy asustada...

—¡Asustada! Contesta claramente, sin rodeos, a esta sola pregunta: ¿Tienes tú algo que ver con este robo?

—Sí.

Tony Leonard suspiró profundamente.

—Está bien... ¿Tienes algo que explicarme?

—Ellos me utilizaron. Eran cuatro: Merlín Rockers, Lyman Colloway, Willy Ferragut y Ernest McTroy. Robaron las piedras en el Museo y al salir, me las dieron. Yo tenía que llevarlas a las Bahamas, a Nassau, pero decidí devolverlas. Entonces, tuve que huir de ellos...

—¿Y viniste a Miami, precisamente donde estaban ellos?

—Era donde menos podían buscarme. Tony.

—Bueno, eso no está mal pensado... ¿Qué más?

—No sé cómo pudieron localizarme... Ellos querían matarme y tuve que defenderme, tú lo sabes...

—Lo sé muy bien. ¿Y las piedras?

—Ya te he dicho que las devolví.

—El periódico no dice eso.

—Yo supliqué que no dijese que habían sido devueltas y les di la pista de ellos cuatro. Ahora solo... sólo quiero marcharme lejos de aquí, Tony. Ellos tenían amigos, yo no estaría segura en Estados Unidos...

—¿Y quieres que yo te saque de aquí?

—Tony, por favor, por favor...

Leopard recapacitó unos segundos, seriamente.

—Está bien, te llevaré a México, tal como proyectamos. Desde luego no estás obligada a... a lo mismo de esta noche. Sólo quiero acabar esto, Mary Lou. Y... y te voy a ayudar. Luego, ya veremos qué pasa.

Ella se echó en sus brazos.

—Puedes... pedirme lo que quieras, Tony... Te amo, te amo, te

amo...

—Estás mintiendo, Mary Lou.

—¡Oh, no! Eres..., eres quizá algo feo, pero tienes..., tienes algo que una mujer siente y no sabe explicar... Tony, ayúdame a escapar, vámonos lejos de aquí...

—¿Y este agente del FBI? ¡Nada de matarlo! ¿Okay?

—Podemos tirarlo... al mar..., algo lejos de aquí. El podrá regresar a la costa y nosotros estaremos a salvo.

—Hum... De acuerdo. Quítate de ahí. Sube arriba, anda.

Mary Lou subió a la cubierta. Poco después lo hacía Tony Leopard, arrastrando al desvanecido agente del FBI, que llevaba algo amarrado a los pies.

—¿Qué es eso? —señaló Mary Lou.

—Lo he pensado muy bien, amor. Este tipo del FBI podría buscarnos luego complicaciones. De modo que le he atado un buen saco lleno de hierros a los pies y así se irá al fondo. No quiero complicaciones a mi regreso.

Mary Lou sonrió angelicalmente.

—Es una buena idea, Tony.

Éste gruñó algo, se acercó a la rueda del timón y puso el yate en marcha, dirigiéndolo mar adentro, lejos de la costa, del Robert Richter Hotel, de la vida...

Dos horas después, Miami y Miami Beach eran sólo unos pequeños edificios blancos en la lejanía, casi metidos en la curva del horizonte, hacia la costa.

Tony Leopard fijó la rueda del timón, fue hacia donde yacía el agente del FBI, ya recuperado el conocimiento, pero bien atado de pies y manos, y se arrodilló a su lado.

—Lo siento, compañero —sonrió Leopard—, pero tendrás que darte un baño. Así es la vida: no haberte metido a federal.

Lo arrastró hasta la borda, lo colocó en ella, pasó el peso que llevaba en los pies y luego lo tiró al agua... Cuando el yate estaba a cien yardas de distancia, el agente del FBI todavía no había salido...

Tony Leopard estaba besando a Mary Lou en los labios con toda su fuerza, «como si quisiera devorarla».

—¿Sabes? —dijo—. Realmente, Mary Lou, si me amas, no veo por qué no ha de ser éste un crucero de placer... Luego, en México, podemos decirnos adiós, o hasta la vista, como tú prefieras...

—Siempre..., siempre hasta la vista, Tony...

—Estupendo.

Ella se separó un poco y sonrió maliciosamente.

—Hace... un día espléndido, Tony. ¿Quieres que vaya abajo... a ponerme tu albornoz?

Tony Leopard se aclaró la voz.

—Es una magnífica idea.

Ella se desasíó del brazo, riendo, y fue a los camarotes. Cuando subió, no iba vestida con el albornoz, y en sus manos había dos cosas. Una: su pistola. Dos: un paquete.

CAPÍTULO IX

Tony Leopard parpadeó, perplejo.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Querido Tony: ¿debo decirte que conducir un yate es muy sencillo?

—Yo... Mary Lou, no entiendo...

—Me he estado fijando. Creo que podré llevar yo sola el yate hasta México.

—¿Tú sola? Pero...

Ella tiró el paquete sobre la cubierta.

—Tony, ¿quieres abrir este paquete?

Tony Leonard frunció el ceño. Miró la pistola, miró a la rubia y, finalmente, fue hacia donde había caído el paquete. Se arrodilló junto a él y lo abrió. Inmediatamente, el sol se reflejó miles de veces en destellos de todos los colores: rojo, verde, azul, anaranjado... El montón de piedras casi parecía pequeño al lado de las tres más grandes, maravillosas, llenas de luz, perfectas, inimitables...

Tony quedó unos segundos como absorto en su contemplación. Y sólo levantó la cabeza cuando Mary Lou soltó una carcajada alegre, juvenil, dulce...

Era un encanto de criatura.

Pero se sorprendió al ver la sonrisa en los ojos verdes, color pimienta, casi como los suyos. Las greñas color remolacha se alzaban bajo la brisa marina y la aceptable velocidad del yate.

—De modo —susurró risueñamente Tony Leopard—. ¿De modo que conseguiste meterlas en el yate? ¿Cómo lo conseguiste, amor?

—Las recibí en el hotel. Y mientras íbamos a tu quinta, un botones las trajo con el equipaje. Les rogué que las escondiesen bajo una litera... y lo hicieron.

—Enhorabuena, amor. Me has engañado, pero no importa. No tengo nada que oponer.

—¿No?

—En absoluto. De veras.

—Tony: eres deliciosamente tonto.

—¡Mujer...!

Mary Lou se irritó ante la burlona sonrisa del millonario.

—Deliciosamente tonto, Tony —repitió dulcemente—. Y te aseguro que siento que ya estés «casi» muerto.

—Mi salud es estupenda —sonrió Tony.

—Lo sé muy bien... Oh, sí, muy bien... Pero, la mejor salud del mundo deja de ser buena cuando una bala agujerea un corazón... ¿No estás de acuerdo?

—Pues..., sí. Realmente, sí. ¡Oh! ¡No me digas que piensas matarme!

—Eso es exactamente lo que pienso hacer, Tony, amor.

—Y..., ¿por qué?

—Pues porque tú sabes tantas y tantas cosas de mí...

—Es cierto —rió maliciosamente Leopard.

—Tus burlas acabarán pronto. Adiós, Tony...

—¡Espera! Demonios, dame una explicación... Una pequeña explicación. ¿Por qué quieres matarme? ¿Porque sé que tú tienes las piedras preciosas que se robaron la semana pasada en el Museo de Historia Natural de Nueva York?

—Eso, entre otras cosas. Ha sido todo muy emocionante. ¿Sabes? Yo, antes, era pelirrojo: como tú.

—Qué bonito...

—Tony, te he estado engañando. Yo era cómplice de los cuatro hombres que robaron las piedras. Quisieron utilizarme, pero yo tenía mis propios planes, ¿comprendes? Entonces me teñí de rubia, saqué pasaje para Miami...

Vera Gardner, alias Mary Lou Estefaner, contó, breve, pero claramente, la verdad de lo sucedido a Tony Leopard.

—Y ahora —acabó—, te diré lo que pienso hacer: llegaré a México, en la provincia de Yucatán. Desde allá, desde la costa, me llegaré a Mérida y tomaré un avión hacia Europa. Una vez en Europa, me llegaré a Holanda. ¿Sabes cuánto me darán por estas piedras, Tony?

—Hum... ¿Trescientos mil dólares?

—Algo así —rió ella—. ¡Eres un buen tasador!

—Discreto, discreto —sonrió Leopard—. Dime una cosa: ¿es necesario que me mates?

—Oh, sí... Te he hecho demasiadas confidencias, querido Tony...

—¿Sí? Bueno, pues mira... Confidencias por confidencias: yo pertenezco al FBI y fui designado para recuperar estas piedras, Mary Lou. Con tu permiso, ¿puedo continuar llamándote Mary Lou?

—Estás... mintiendo...

—No, no, amor, no miento. —Leopard se enderezó, y se tocó el pecho con un pulgar—. Anthony Leopard, agente especial del FBI en misión de ayuda a la policía de Nueva York. Misión: recuperar el Gran Luna Azul, el Estrella de los Rubíes, el Estrella de la India... y otras pequeñas pero bastante valiosas piedras.

—¡No seas estúpido! ¡Me aseguré de que tú eras en efecto Tony Leopard, un millonario de Miami Beach! Estás en el listín de teléfonos, tienes tu quinta a tu nombre, tu yate...

—Eso es cierto. Aparte de ser un estupendo agente especial del FBI tengo la suerte de ser millonario, tener una quinta, un yate, playa particular... Etcétera. Ocurre que cuando tú decidiste venirte a Miami, a mí me enviaron detrás de ti.

—¡Mentira! ¡Tú sacaste el pasaje un día antes que yo! ¡Nadie podía saber que yo quería venir a Miami Beach!

Tony Leopard alzó los ojos al luminoso cielo azul.

—¡Que criatura más maravillosamente ingenua! —exclamó—. Mi dulce amor: ¿no comprendes que el FBI es más que capaz de trucar una simple lista de pasajeros de cualquier vuelo? Escucha, escucha, querubín: tú estuviste siempre vigilada. Se sabía que eras la..., ¿cómo decirlo de un modo elegante...?, la chica de Merlín Rockers. Él y otros tres tipos que habían sido identificados por el FBI de acuerdo con las señas que proporcionó un vigilante del Museo, y a petición de la policía de Nueva York, habían partido hacia Miami. Pero te dejaron a ti en Nueva York. ¿Por qué? Bueno, era cuestión de averiguarlo. Unos compañeros míos se vinieron detrás de tus amigos y yo, que estaba en Nueva York visitando a tía Minnie, fui encargado de seguirte a ti, por si decidías reunirte con tus amigos. Se anduvo con pies de plomo... Incluso, para confiaros, se inventó

una colosal mentira: la de un tipo llamado Wallace North, que fue detenido en Houston, Texas...

—¡Estás loco! —chilló Mary Lou.

—Caramba, no te alteres, amor... Todo lo de ese tipo llamado Wallace North fue una simpática mentira destinada a confiaros. Pero, veamos. Tú tomaste pasaje para Miami. Inmediatamente, el FBI tomó pasaje en el mismo vuelo para Tony Leopard..., arreglando las listas, claro, porque no hay que dejar nada al azar... Luego yo te conocí «casualmente» en el bar del aeropuerto, nos hicimos amigos, nos amamos... Te he dejado en libertad, has obrado a tu antojo, he sido como un muñequito en tus lindas manos... Pero, Mary Lou, esto se ha terminado.

—¡No ha terminado!

—Ya lo creo que sí —sonrió Tony—. Y, como siempre, Tony Leopard ha triunfado. ¿Por qué demonios tendré tanta suerte?

—Suerte, ¿eh? ¡Te voy a...!

—¡Espera! ¿No has matado ya bastante? Cuatro muertos en tu lista, amor. Este tipo está muerto, cariño. Y éste, y éste, y éste... ¿No lo comprendes? Ya no más muertes, Mary Lou.

—¿Y tú? ¡Tú has matado, has ahogado a un compañero tuyo!

Tony Leonard se echó a reír.

—¿Te refieres a Randolph? Simulamos una buena pelea antes, ¿no te parece? El muy condenado es el mejor nadador de la Delegación del FBI en Miami.

—Todo..., todo es mentira... Vosotros, el FBI, no me conocíais a mí...

—El FBI no, linda, pero sí la policía de Nueva York. Eres la fulana de Merlín Rockers, ¿qué diablos, por qué no hablar claro? Y por eso fuiste vigilada. Ellos se las dieron de listos al dejarse reconocer por el Museo, creyendo que se llevarían detrás a toda la policía y al FBI en peso. ¡Qué tontería!, ¿verdad? Como si el FBI fuese un grupo de chiquillos que se dejan deslumbrar por un cebo brillante. Vamos, vamos, amor, un poco de seriedad...

—Tony, te voy a matar.

—¿A qué no?

—Te voy a matar. Y voy a seguir el viaje hacia México, y luego hacia Europa y seré rica...

—Eres, simplemente, una asesina sin escrúpulos —la voz de

Tony Leopard cambió bruscamente al más helado tono—. Por Dios, que jamás vi una fiera como tú, amor. Pero algo tienes que meterte en la cabeza: te llames Mary Lou Estefaner o Vera Gardner, o como el diablo quiera, estás sentenciada a muerte. Ningún jurado será capaz de absolverte cuando oiga los cargos contra ti. «Cariño, este tipo está muerto...». Y así cuatro veces. ¡Víbora!

—¡Tú dejaste que los matase!

—No pude impedirlo, que no es lo mismo. Y, aunque los cuatro merecían si no la muerte, sí unos cuantos años en remojo, tú no dejas de ser una asesina.

—Pues bien, ya que soy una asesina, no creo que venga de una víctima más...

Tony Leopard, ya no tan bonachón ni tan «deliciosamente tonto», sonrió despectivamente. Alzó una mano y mostró un dedo.

—Uno y dos —sacó otro dedo—: Merlín Rocker. Tres: herida en el hombro de McTroy. Cuatro: Willy Ferragut. Cinco: Lyman Colloway. Seis y siete —había ido mostrando esa cantidad de dedos—: Ernest McTroy, muerto de dos balazos... ¿Sabes contar, amor?

Vera Gardner lanzó una exclamación de rabia. Comenzó a apretar el gatillo, pero ninguna bala salió.

—No insistas: tu pistola es de siete balas, Mary Lou..., y ya las gastaste todas. Sólo queda por decir: Mary Lou Estefaner, Vera Gardner, o como el diablo prefiera...: ¡quedas detenida en nombre de la ley!

Vera Gardner lanzó un agudo chillido de rabia. Se tiro contra Tony Leopard, esgrimiendo la pistola, pero un manotazo tiró el arma por cubierta, y un terrible bofetón la llevó a ella, resbalando, casi hasta la popa, medio desvanecida. Ni mucho menos tenía la resistencia del gorila de McTroy.

Cuando se estaba despejando, Tony ya la había amarrado sólidamente. Se la cargó en un costado, como un saco, y la llevó hasta el puesto de mando. La tiró al suelo y se acuclilló frente a ella.

Le dio un besito en los labios.

—Amor: ¡hubiese sido todo tan bonito si realmente hubieses devuelto las piedras...!

—¡Te odio!

—Lo imagino. Y ahora, quietecita aquí. Tengo que telefonear a Miami Beach El inspector Gordon debe estar desesperado,

esperando noticias más y de Randolph.

* * *

El yate paró sus máquinas cerca de la balsa neumática hinchable. En ella, el agente especial del FBI Randolph Sorrell, yacía tranquilamente, tomando el sol de otoño.

—¡Eh, tú! —le gritó Leopard desde el yate—. ¡Deja de gandulear, esto ha terminado! ¿No me oyes, Robinson Crusoe?

Sorrell alzó desganadamente la cabeza y miró hacia el yate.

—¿Es a mí?

—¡No! ¡A su majestad el Tiburón! Venga, gandul, ¡arriba!

Randolph Sorrell se resignó. Se dejó subir a bordo y luego subió el bote hinchable. Lo deshinchó delante de Vera Gardner y lo metió en el saquito que había contenido «hierros y cosas de éstas para lastre». Ni siquiera necesitó decir que, además de haber sido tirado al agua por Leopard con un bote, sus ligaduras habían sido aflojadas.

Ella lo comprendió todo.

—¿Un cigarrillo? —ofreció Sorrell.

—Ten cuidado con ella, Rand —sonrió Leopard, al mando del yate—: puede soltarte un chorro de veneno...

ESTE ES EL FINAL

Tony Leopard entró en su hermosa quinta suspirando de alivio. Todo había terminado. Sólo quedaba darse un baño, afeitarse, ponerse su mejor atuendo deportivo y llegarse a la Delegación a rendir el informe al ausente inspector Gordon...

Se quitó la chaqueta del *smoking*, tomó de ella un cigarrillo, lo encendió, se quitó los zapatos y se fue hacia el *living*. Sería estupendo fumarse un cigarrillo en paz, viendo el mar, las gaviotas, la...

—¡Tía Minnie! —exclamó.

Una señora algo gordita, poco enojada, con algunos ricitos de sus grises cabellos sobre la frente y un gato negro en el regazo, lo miró hoscamente desde el sofá.

—¿Es éste un recibimiento para tu tía, Tony?

El gato lanzó un tembloroso maullido, escapó de las manos de tía Minnie y se lanzó como una flecha a los brazos de Tony, que lo acogió con un alarido casi de espanto. Pero el gato se quedó allá runruneando de felicidad, inofensivo...

—Hola, «Charlie» —le acarició Tony—. ¡Te han llevado de viaje, compañero de herencia!

Entonces, Tony vio al inspector Gordon, jefe de la Delegación. El hombre estaba apaciblemente sentado en un sillón, de cara al mar, con cara de felicidad. Lo miró cariñosamente y no dijo nada, como temiendo lo que ocurrió: que la tía Minnie se levantó del sofá, se encaró con Tony Leopard y explotó:

—¡Sobrino Tony Leopard!

—Tía Minnie...

—¡Un mo... men... to! ¿Puedes explicarme todo esto? ¡Siempre supe que eras un bala perdida, pero hasta el extremo de tener la

casa llena de muertos...!

—Tía Minnie...

—¡No soy tu tía! ¡«Charlie», ven aquí!

El gato no la oyó. Continuó colgado de los brazos de Tony, evidentemente feliz.

—Tía Minnie, si me dejas...

—¡No te dejo nada! Anthony Leopard; ¿qué clase de monstruo eres tú?

—Tía Minnie...

—¡Que no soy tu tía! Llego aquí, un par de hombres me dicen que no puedo entrar y cuando los echo a un lado y entro, me encuentro con un montón de muertos... Luego, ese hombre de ahí —señaló al inspector Gordon—, me dice que debo marcharme, y como me niego, él se queda conmigo, diciendo que te esperará... ¿Sabes una cosa? ¡Es del FBI! ¡Y va a prenderte! ¡Hasta ahí podíamos llegar, Anthony Leopard!

Tony miró a su jefe, desalentado. Gordon sonrió irónicamente y encogió los hombros. A la pregunta que apareció en los ojos de Tony asintió con la cabeza, autorizándole a descorrer el velo que cegaba la «disoluta e inútil vida de Tony Leopard». Todo fuese por la paz familiar.

—Tía Minnie —dijo rápidamente Tony—: yo también soy del FBI.

—¡Tú también...! ¡No! ¿Del FBI? —Se volvió hacia Gordon—. Oiga usted, antipático, ¿es eso cierto?

—Sí, señora —musitó mansamente el inspector—: su sobrino, Tony Leopard, es uno de mis mejores hombres. Hasta el punto de interrumpir sus vacaciones junto a la querida tía Minnie para cumplir con su deber.

—Oh, yo..., yo no sé qué decir... —Los ojos de tía Minnie se llenaron súbitamente de lágrimas—. Mi querido Tony... ¡Oh, qué orgullosa estoy de ti!

Tony Leopard le guiñó un ojo a su jefe, acarició el lomo de «Charlie», que bufó de satisfacción (¡si conocería él a Tony!), y dijo:

—¿Pues sabes una cosa, tía Minnie?: ¡yo también!



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...